



DEBAJO DEL NOMBRE

EL PRINCIPIO LEGAL DEL CIELO QUE DESATA AUTORIDAD, MILAGROS
Y PROTECCIÓN SOBRE TU VIDA



DEBAJO DEL NOMBRE

EL PRINCIPIO LEGAL DEL CIELO QUE DESATA AUTORIDAD, MILAGROS
Y PROTECCIÓN SOBRE TU VIDA

DEBAJO DEL NOMBRE

El principio legal del Cielo que desata autoridad, milagros y protección sobre tu vida.

Pastores:

Eduardo Rivera León

Virginia Jazmín Uribe Antonio

Primera Edición Junio 2026

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, o por ningún sistema de almacenamiento digital, excepto por citas breves con propósitos de compartir puntos de vista sobre el libro, sin consentimiento escrito y expreso de los autores.

Todas las citas bíblicas, excepto las especificadas son de la Santa Biblia Reina Valera v60.

Publicado en México/Junio 2026

INDICE

PRÓLOGO	07
CAPÍTULO 1: Dos mundos, una realidad	11
CAPÍTULO 2: Las leyes del Reino	21
CAPÍTULO 3: El principio legal del nombre	31
CAPÍTULO 4: El Nombre sobre todo nombre	41
CAPÍTULO 5: El evangelio explicado	51
CAPÍTULO 6: Autoridad delegada	63
CAPÍTULO 7: Permanecer debajo del nombre	75
CAPÍTULO 8: El peligro de la soberbia	87
CAPÍTULO 9: Identidad en el nombre	99
CAPÍTULO 10: Identidad, propósito y destino	111

CAPÍTULO 11: El poder de creer	123
CAPÍTULO 12: La batalla espiritual	135
CAPÍTULO 13: Tres tipos de personas ante Jesús	147
CAPÍTULO 14: El respaldo del nombre	161
CAPÍTULO 15: La iglesia y el nombre	171
CAPÍTULO 16: Vivir bajo el nombre	183
CONCLUSIÓN: Todo en su nombre	193
EPÍLOGO	201

PRÓLOGO

El origen de todo cambio verdadero

**El espíritu es el que da vida; la
carne para nada aprovecha...**

— Juan 6:63

Hay una realidad que muchos perciben, pero pocos comprenden en profundidad: no todo lo que existe se puede ver. Nos enfocados en lo tangible, en lo inmediato, en aquello que podemos tocar, medir o controlar.

Hay una dimensión más profunda —invisible,

silenciosa, pero determinante—donde realmente se originan los cambios que transforman la vida. Es ahí donde todo comienza.

Las Escrituras enseñan que es el Espíritu el que da vida, mientras que lo meramente humano resulta insuficiente para producir una transformación verdadera. Dicho de otra manera, lo externo por sí solo no tiene el poder de cambiar lo interno. Y lo interno, cuando es tocado, inevitablemente termina manifestándose en lo visible.

Cuántas personas han intentado cambiar su vida únicamente desde el esfuerzo personal. Libros, métodos, disciplina, promesas hechas en momentos de crisis... intentos sinceros, pero muchas veces insuficientes. Porque aunque el **deseo de cambiar es real**, la raíz del problema permanece intacta. Fui una de esas personas.

Hubo un tiempo en el que pensé que mi historia ya estaba definida. Luchas internas, decisiones equivocadas, hábitos destructivos... intentos repetidos de cambiar que terminaban siempre en el mismo lugar. Como muchos, llegué a creer que simplemente así era yo y que no

había salida. Pero todo cambió en un momento.

No fue un proceso largo ni una acumulación de esfuerzos. Fue un encuentro. Un instante en el que algo ocurrió en lo más profundo, en ese lugar invisible donde se definen las verdaderas transformaciones. En ese momento, lo que no había podido cambiar por años, cambió. No fue fuerza de voluntad. Fue intervención espiritual.

Desde entonces entendí algo que marcaría el rumbo de todo: **si el cambio no se gesta en lo espiritual, no se sostiene en lo físico.** Este libro nace de esa revelación.

Aquí descubrirás que el mundo espiritual no es una idea abstracta ni una creencia opcional. Es un sistema real, gobernado por principios y leyes que operan constantemente, independientemente de si las conoces o no. Así como existen leyes físicas que nadie puede evitar —como la gravedad—, también existen principios espirituales que afectan cada área de la vida. Entre esos principios, hay uno que sobresale por su poder, su profundidad y su impacto: el principio del nombre.

No se trata solo de una forma de hablar o de una tradición religiosa. Es un principio legal, espiritual y eterno que otorga autoridad, respaldo y acceso a una dimensión donde lo imposible comienza a rendirse. Este libro no es teoría. Es una invitación. Una invitación a entender, a experimentar y a vivir bajo una realidad mayor.

Una invitación a dejar de luchar únicamente con fuerzas humanas y comenzar a operar desde una posición espiritual. Una invitación a descubrir que cuando algo cambia en lo invisible... todo cambia en lo visible.

Al final, la verdadera transformación no comienza afuera.

Comienza dentro.

Comienza en el espíritu.

Y desde ahí... **lo cambia todo.**



CAPÍTULO 1

DOS MUNDOS,
UNA REALIDAD

No mirando nosotros las cosas
que se ven, sino las que no se ven;
pues las cosas que se ven son
temporales, pero las que no se ven
son eternas

— 2 Corintios 4:18

La relación entre lo visible y lo invisible

Hay una dimensión de la vida que no se ve, pero que lo sostiene todo. No se percibe con los ojos, no se mide con instrumentos, no la puedes tocar, no la puedes medir; sin embargo, no se controla con las manos... pero está ahí, operando de manera constante, influyendo en cada área de tu vida. Aunque muchos la ignoran, nadie está

fuera de su alcance.

Las Escrituras enseñan que vale la pena aprender a enfocar la mirada más allá de lo evidente, porque lo que vemos es pasajero, mientras que lo invisible tiene un carácter permanente. Dicho de otra forma, lo visible cambia, pero lo invisible permanece... y precisamente por eso, lo determina.

Déjame llevarte a una verdad que puede cambiar tu forma de vivir: **No todo lo que define tu vida es visible...** hay una dimensión que no ves, pero que está determinando todo lo que ves. La mayoría de las personas vive enfocada únicamente en lo externo.

Intentan cambiar su vida modificando conductas, tomando decisiones diferentes o esforzándose más. Y aunque todo eso tiene valor, muchas veces no produce un cambio duradero.

¿Por qué?

Porque están trabajando sobre los resultados... pero no sobre el origen.

Porque están trabajando en el efecto... pero

no en la causa.

Se esfuercen por cambiar lo que está afuera, sin darse cuenta de que lo que realmente necesita transformación está dentro. Mientras la raíz permanezca intacta, el fruto terminará siendo el mismo. En esta **verdad** es donde todo empieza a cobrar sentido.

Hay algo que aprendí no desde la teoría, sino desde mi propia historia. Hubo un tiempo en el que estaba atrapado en ciclos que no podía romper. Promesas que hacía y no cumplía. Decisiones que tomaba con convicción, que con el tiempo se desmoronaban. Intentos sinceros de cambiar que terminaban en el mismo punto.

Tal vez esto te resulte familiar.

Momentos en los que dices: “ahora sí voy a cambiar”, “ahora sí voy a hacer las cosas diferentes”... y por un tiempo parece funcionar. Pero después de semanas, o meses, algo vuelve a arrastrarte a lo mismo. No es falta de deseo. No es falta de esfuerzo. Es que el cambio se está intentando desde el lugar equivocado. Porque si la raíz no se toca, el fruto siempre termina siendo

el mismo.

Había patrones que no lograba romper, decisiones que no podía sostener, hábitos que parecían más fuertes que mi propia voluntad. Durante mucho tiempo, esa fue también mi realidad. Recuerdo claramente cómo, en mi caso, busqué ayuda por muchos medios. Consejería, procesos, intentos personales... todo con la intención genuina de salir adelante. Aun así había algo más profundo que no estaba siendo atendido.

Hasta que un día ocurrió algo diferente.

Hasta que entendí algo, que marcó un antes y un después: **Lo que se ve es el resultado de lo que no se ve.**

El problema no estaba únicamente en lo que hacía, sino en lo que estaba ocurriendo en un nivel más profundo. No necesitaba solo modificar conductas... necesitaba una transformación desde la raíz. Y esa transformación no ocurre primero en lo visible. Ocurre en lo invisible.

No fue una técnica nueva. No fue un método más. Fue un encuentro. Un momento en el que

algo sucedió en lo invisible... que, a partir de ahí, comenzó a manifestarse en lo visible. Lo que por años no había podido cambiar, cambió. No de forma gradual, sino de raíz. Fue entonces cuando entendí que hay una dimensión donde realmente se definen las cosas.

Porque hay decisiones que no se sostienen solo con voluntad. Hay cadenas que no se rompen solo con disciplina. Hay transformaciones que no se logran únicamente con intención. Se necesita algo más profundo.

La Palabra enseña que es el Espíritu el que puede transformar, el que da vida, mientras que lo meramente humano tiene un alcance limitado. Eso no significa que el esfuerzo no importe, sino que no es suficiente por sí solo para producir una transformación completa. Es a esto a lo que quiero llevarte: **Hay un mundo que ves... y uno que no ves.** Pero que está influyendo constantemente en el que sí ves. Por eso, cuando algo cambia en lo invisible, inevitablemente se refleja en lo visible.

Ahora bien, esto no es una idea aislada. Es un principio que opera bajo leyes, bajo dinámicas

que no dependen de si las entiendes o no. Así como nadie puede ignorar la gravedad y esperar que no le afecte, tampoco se puede ignorar lo espiritual y pensar que no tendrá consecuencias.

Puedes no creer en ello. Puedes no comprenderlo completamente. Pero aun así... te afecta. Muchos viven frustrados porque están intentando construir una vida nueva sobre fundamentos que no han sido transformados. Cambian rutinas, cambian ambientes, cambian relaciones... pero no cambian desde adentro. Y entonces el ciclo se repite.

En el momento en el que una persona comienza a reconocer esta verdad, algo se alinea. Empieza a entender que no todo se resuelve peleando con lo que está enfrente, sino atendiendo lo que está detrás. Empieza a hacer preguntas diferentes:

No solo "¿qué está pasando?" Sino "¿qué lo está provocando?"

No solo "¿cómo lo cambio?" Sino "¿desde dónde lo estoy viviendo?"

Estas preguntas abren una puerta. Porque

cuando dejas de enfocarte únicamente en el resultado y comienzas a trabajar en el origen, el proceso cambia completamente. No se trata de negar lo que ves. Se trata de entenderlo desde una perspectiva más profunda.

Lo visible es solo la manifestación.

Lo invisible es la raíz.

Si la **raíz** es transformada, el **fruto** no tiene otra opción más que cambiar. Por eso, no solo quiero explicarte, sino hacerte una invitación. Una invitación a dejar de vivir reaccionando únicamente a lo que ves... y comenzar a discernir lo que no se ve. A entender que hay dos dimensiones operando al mismo tiempo...pero una de ellas tiene mayor peso que la otra.

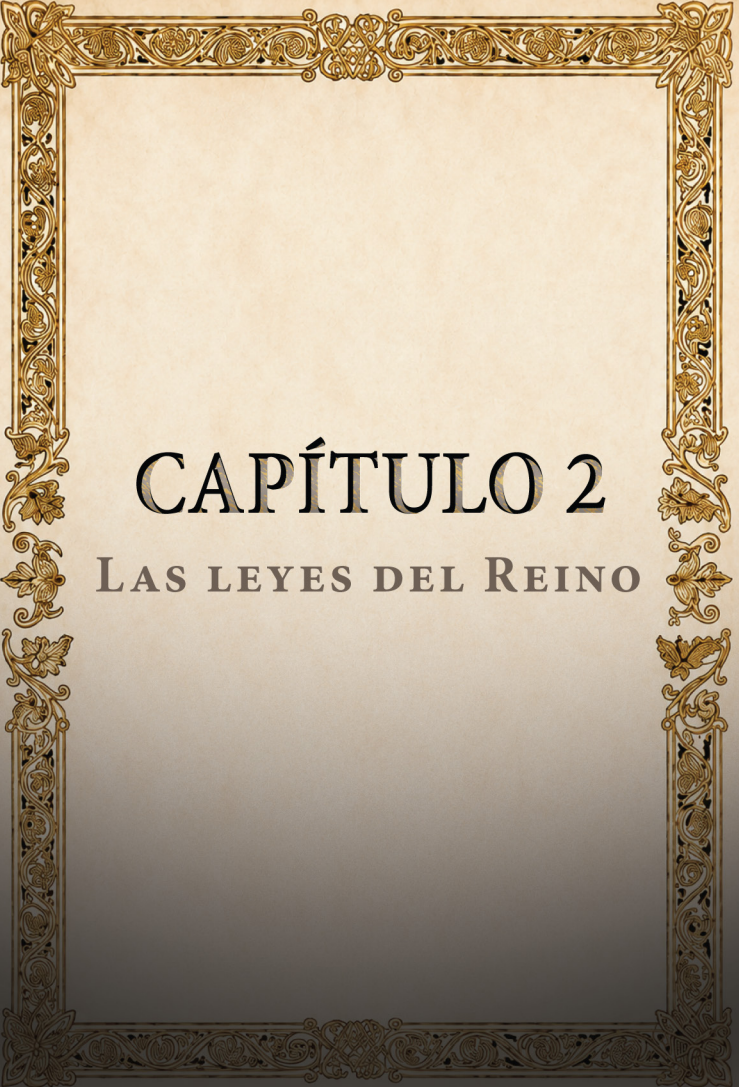
Dos mundos.

Una sola realidad.

Cuando logras comprender cómo se conectan, dejas de vivir a ciegas... y comienzas a vivir con **propósito**.



**“Lo invisible
siempre
termina
manifestándose
en lo visible;
por eso, quien
transforma
su espíritu,
transforma su
vida”.**



CAPÍTULO 2

LAS LEYES DEL REINO

Mi pueblo fue destruido, porque
le faltó conocimiento. Por cuanto
desechaste el conocimiento, yo te
echaré del sacerdocio; y porque
olvidaste la ley de tu Dios, también
yo me olvidaré de tus hijos.

— Oseas 4:6

Principios espirituales que gobiernan la vida

Hay algo que debes entender desde el principio: **el Reino de Dios no funciona por improvisación**. En el Reino de Dios, todo se mueve por leyes, por reglas, por principios. Nada en el mundo espiritual ocurre al azar. No

se mueve por emociones, opiniones humanas o casualidades. El reino de Dios opera por principios, por leyes y por reglas establecidas desde antes de la creación misma. Aunque muchas personas desconocen esto, esas leyes siguen funcionando todos los días.

La Escritura lo expresa de manera contundente cuando Dios declara que su pueblo fue destruido por falta de conocimiento. No porque les faltara capacidad, recursos o deseos... sino porque ignoraron los principios que gobernaban su vida espiritual. El problema no era únicamente lo que hacían; era que vivían desconectados del entendimiento. Y eso, sigue ocurriendo hoy.

Hay personas sinceras que aman a Dios, que desean avanzar, que oran, que luchan por salir adelante... sin embargo, continúan atrapadas en los mismos ciclos. Intentan cambiar, se esfuerzan, hacen promesas, comienzan de nuevo... y aun así terminan regresando al mismo lugar.

No porque Dios no tenga poder para ayudarlos. No porque el cambio sea imposible. Sino porque muchas veces están operando en contra de principios que no conocen o que han

decidido ignorar. Quiero explicártelo de una manera sencilla.

En el mundo natural existen leyes que gobiernan absolutamente todo. Por ejemplo, la gravedad. Tal vez no entiendas cómo funciona exactamente. Tal vez nunca has estudiado física. Incluso podrías decir que no crees en ella... pero eso no cambia nada.

La gravedad sigue operando.

Si alguien se lanza desde un edificio pensando que las leyes físicas no le aplican, la realidad terminará confrontándolo. No porque la ley esté enojada con él, sino porque las leyes no dependen de la opinión humana para funcionar.

Así ocurre también en el ámbito espiritual. Hay principios establecidos por Dios que operan constantemente, creas o no en ellos. Puedes ignorarlos, cuestionarlos o incluso rechazarlos... pero aun así tendrán efecto sobre tu vida.

Las leyes espirituales no funcionan según nuestras emociones. Funcionan según el diseño de Dios. En este punto es donde muchas personas se frustran.

Quieren resultados diferentes viviendo bajo los mismos patrones. Quieren cosechar paz sembrando caos. Quieren autoridad sin obediencia. Quieren bendición sin alineación. Quieren transformación sin rendición. **El reino de Dios no opera de esa manera.**

Dios estableció principios espirituales que sostienen la vida, y cuando una persona camina alineada a ellos, comienza a experimentar orden, dirección y fruto. No porque haya aprendido una fórmula mágica, sino porque empezó a vivir conforme al diseño correcto.

La Biblia no es simplemente un libro de historias antiguas. Es la revelación de esos principios. Es un manual de vida espiritual. En ella encuentras leyes invisibles que producen efectos visibles. Cada instrucción, cada enseñanza y cada principio revelan cómo funciona el reino. Y aquí quiero detenerme un momento, porque esto puede cambiar la forma en que interpretas muchas cosas.

Hay personas que piensan que Dios está en contra de ellas porque las cosas no salen bien. Pero muchas veces no es que Dios esté en

contra; es que están viviendo fuera del orden que Él estableció. Nadie puede luchar contra los principios de Dios y salir vencedor.

Nunca vamos a ganarle a Dios. Podemos ignorar sus caminos, pero no evitar sus consecuencias. Podemos vivir según nuestra propia opinión, pero eso no cambia cómo funciona el reino. Por eso hay decisiones que parecen pequeñas, pero terminan definiendo destinos completos. Porque detrás de cada acción hay un principio espiritual operando.

La soberbia produce caída.

La obediencia abre camino.

La honra trae respaldo.

La desobediencia genera distancia.

No son solamente frases espirituales. Son leyes del reino. Y así como en lo natural una semilla siempre produce fruto según su especie, en lo espiritual toda acción también genera una consecuencia. Nada queda aislado. Todo produce algo. Por eso Jesús enseñaba constantemente a través de principios. Hablaba

de sembrar y cosechar, de puertas que se abren, de fundamentos firmes, de lámparas encendidas. Porque quería que las personas entendieran que el reino espiritual tiene orden. **Nada está desconectado.**

Cuando comienzas a comprender esto, cambia tu manera de vivir. Dejas de ver la vida como una sucesión de casualidades y comienzas a discernir que detrás de muchas situaciones hay principios actuando silenciosamente. Entonces entiendes que no basta con tener buenas intenciones. También necesitas entendimiento. Porque una persona puede amar a Dios sinceramente y aun así vivir limitada por desconocer cómo opera el reino.

Está es una de las verdades más importantes: **los principios de Dios no fueron establecidos para controlar tu vida... fueron establecidos para protegerla, dirigirla y alinearla con el propósito correcto.** Dios no creó leyes espirituales para quitarte libertad, sino para enseñarte a vivir de una manera que produzca vida.

Todo lo que Él establece tiene un propósito.

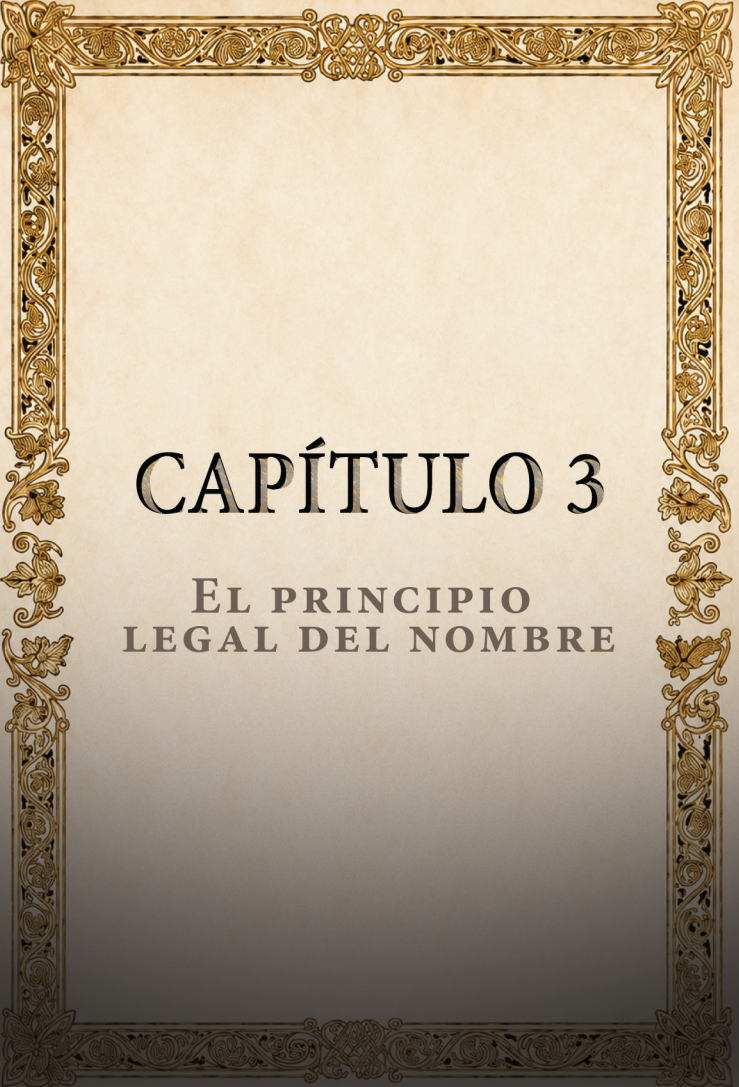
Por ello, si una persona deja de pelear contra el diseño de Dios y comienza a caminar conforme a él, algo empieza a ordenarse por dentro. La confusión disminuye. La dirección aparece. **Las decisiones cambian.** El fruto comienza a manifestarse.

No porque la vida se vuelva perfecta de un día para otro... sino porque finalmente comenzó a alinearse con los principios correctos. Hay leyes en el reino. Y aunque no las veas, están operando todos los días. La pregunta no es si existen.

La pregunta es: **¿estás viviendo alineado con ellas... o en contra de ellas?**

A scroll with a quote about God's principles, set against a sunset sky with clouds. The scroll is made of parchment and is held by a wooden frame with decorative tassels. The text is written in a serif font and is enclosed in a decorative border.

**“Los principios
de Dios no
dependen de
que el hombre
los entienda;
siguen
operando
porque el Reino
nunca deja de
gobernar”.**



CAPÍTULO 3

EL PRINCIPIO LEGAL DEL NOMBRE

Y todo lo que pidieréis al Padre en
mi nombre, lo haré, para que el
Padre sea glorificado en el Hijo.

— Juan 14:13

Autoridad delegada en el Reino

Existen verdades espirituales que, aunque profundas, pueden comprenderse mejor cuando se observan a través de ejemplos cotidianos. Eso ocurre precisamente con el principio del nombre. Muchas personas han escuchado frases como **“en el nombre de Jesús”** durante toda su vida. Las repiten al orar, al terminar una petición o incluso como parte de su lenguaje cristiano

habitual. Sin embargo, pocas veces se detienen a pensar qué significa realmente usar ese nombre.

Porque no se trata únicamente de una expresión religiosa. Detrás del nombre hay un principio espiritual y legal mucho más profundo de lo que muchos imaginan. Jesús mismo declaró que todo aquello que se pidiera al Padre en su nombre sería hecho, para que el Padre fuera glorificado en el Hijo. No estaba hablando simplemente de agregar una frase al final de una oración. Estaba revelando una autoridad delegada.

Para entenderlo mejor, quiero llevarte a un ejemplo sencillo. En las leyes humanas existe algo llamado **poder notarial**. Cuando una persona no puede presentarse personalmente a realizar un trámite o ejecutar una acción legal, tiene la posibilidad de extender autoridad a alguien más mediante un documento oficial.

Ese poder otorga facultades para actuar en representación de otro. En otras palabras, quien recibe el poder puede presentarse legalmente usando el nombre de la persona que lo otorgó.

Imagina por un momento que alguien recibe un poder firmado y ratificado legalmente. Aunque siga siendo la misma persona, ahora tiene autorización para actuar en nombre de otro. Si firma documentos, realiza movimientos o comparece ante autoridades, sus acciones tienen validez porque no está operando únicamente bajo su identidad personal, sino bajo la autoridad del nombre que representa.

Aquí está algo muy importante: **Quien otorgó el poder responde por lo que se haga legítimamente en su nombre.**

Ahora bien, si esto existe en el ámbito natural, cuánto más en el espiritual. El reino de Dios también opera bajo principios legales.

Jesús no dejó a su iglesia desprotegida ni limitada a sus propias fuerzas. **Él delegó autoridad.** Dio a sus hijos el derecho de usar su nombre. Y ese nombre no representa solamente una identidad; representa respaldo, gobierno y autoridad espiritual.

Por eso, cuando un creyente ora verdaderamente en **el nombre de Jesús**, no está

pronunciando palabras vacías. Está acercándose al Padre bajo una autoridad que le fue concedida.

No llega en mérito propio.

No llega dependiendo de su capacidad humana.

Llega representando un nombre que tiene autoridad en el cielo, en la tierra y aun en lo invisible. Y esto cambia completamente la perspectiva. Porque muchas veces las personas viven la vida espiritual intentando hacerlo todo en sus propias fuerzas.

Luchan, pelean, resisten y cargan pesos como si todo dependiera únicamente de ellas. Pero el evangelio nunca fue diseñado para que caminaras solo bajo tu propia capacidad.

Fuimos llamados a vivir bajo un nombre. Sin embargo, aquí también existe una responsabilidad. Así como en lo natural no se le entrega un poder legal a cualquiera, porque quien usa ese poder representa directamente a la persona que lo otorgó, de la misma manera **el nombre de Jesús** no fue dado para usarse de manera ligera, superficial o egoísta.

El nombre representa carácter.

Representa autoridad.

Representa alineación.

Por eso Jesús enseñó que todo lo que se pidiera en Su nombre debía tener un propósito mayor: **glorificar al Padre**. El objetivo nunca fue alimentar el ego humano, sino manifestar la voluntad de Dios. Aquí es donde muchos se equivocan.

Quieren usar el nombre como una fórmula, pero sin relación con Aquel que porta el nombre.

Quieren autoridad sin obediencia.

Quieren respaldo sin rendición.

Quieren representar el nombre... sin permanecer debajo del nombre.

El verdadero poder no está solamente en pronunciarlo. Está en vivir alineado con Él.

A lo largo de mi caminar entendí algo que transformó mi manera de servir a Dios: cuando una persona permanece debajo del **nombre de Jesús**, deja de depender únicamente de sí

misma. Eso no significa ausencia de luchas. Significa presencia de respaldo.

Hay batallas que ningún ser humano puede ganar por sí solo. Hay cargas demasiado pesadas para la fuerza humana. Hay cadenas que no se rompen únicamente con esfuerzo personal. En el momento en el que **el nombre de Jesús** entra en escena, la realidad cambia.

No porque exista poder en una palabra pronunciada mecánicamente, sino porque detrás de ese nombre hay una autoridad viva.

La Biblia muestra constantemente esta verdad. Los discípulos no avanzaban confiando en su capacidad. Oraban, servían y actuaban en **el nombre de Jesús**. Y ese nombre abría puertas, transformaba vidas, sanaba enfermos y confrontaba las tinieblas.

No era confianza en ellos mismos. Era dependencia de Aquel que los había enviado. Y eso sigue siendo igual hoy. Cada vez que un hijo de Dios entiende correctamente este principio, algo cambia dentro de él. Deja de vivir desde la autosuficiencia y comienza a caminar desde

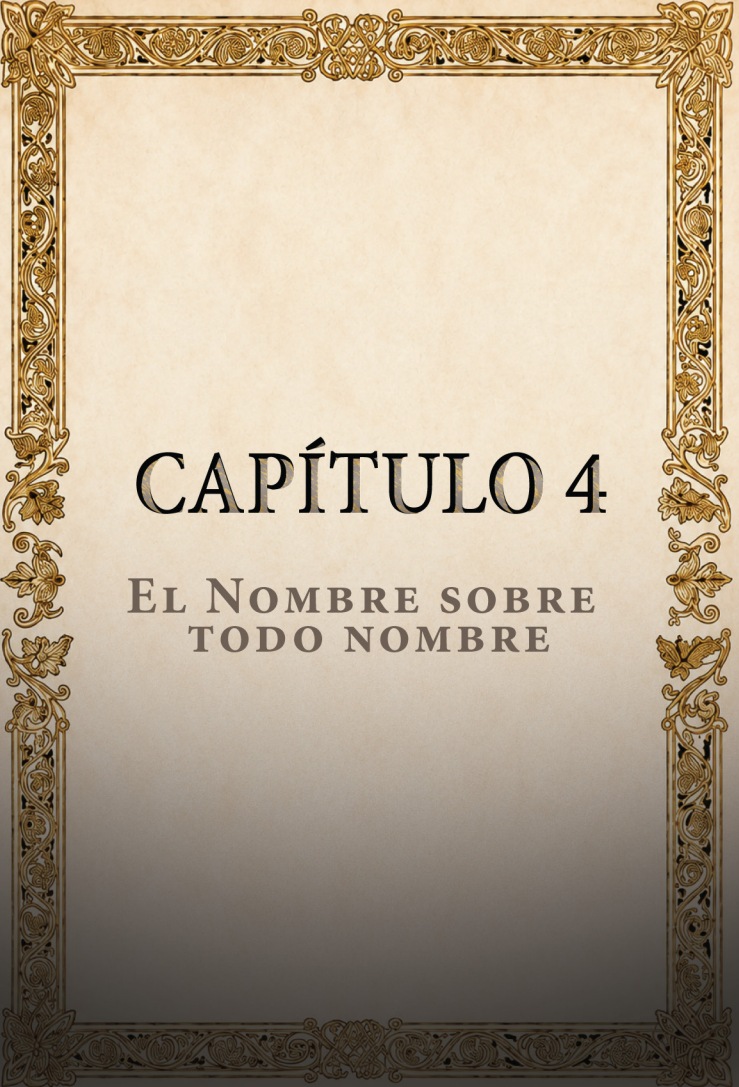
la dependencia espiritual. Comprende que no se trata de construir un reino personal, sino de representar correctamente el nombre que le fue confiado.

El nombre que sostienes determina la autoridad bajo la cual vives.

Hay una gran diferencia entre caminar solo... y caminar respaldado por el nombre de Jesús.

A scroll with a quote about power and names, set against a sunset sky with clouds. The scroll is made of parchment and is held by a wooden frame with decorative tassels. The background is a warm, golden sunset sky with soft, white clouds.

**“El poder
no está en
quien habla,
sino en el
nombre
bajo el cual
se mueve”.**



CAPÍTULO 4

EL NOMBRE SOBRE
TODO NOMBRE

9 Por lo cual Dios también le exaltó
hasta lo sumo, y le dio un nombre
que es sobre todo nombre, 10
para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla de los que
están en los cielos, y en la tierra,
y debajo de la tierra; 11 y toda
lengua confiese que Jesucristo es
el Señor, para gloria de Dios Padre.

— Filipenses 2:9-11

La autoridad suprema de Jesús

Existen nombres que abren puertas. En el mundo terrenal, un apellido reconocido

puede generar acceso, influencia o autoridad. Hay nombres asociados con poder político, económico o social. Basta mencionarlos para que ciertas cosas ocurran, porque detrás de esos nombres existe una posición, un patrimonio o un nivel de autoridad determinado.

Y aunque eso es una realidad en lo terrenal, también revela una verdad espiritual mucho más profunda. No todos los nombres tienen el mismo peso.

Hay nombres que tienen influencia limitada, temporal y terrenal. Sin embargo, existe un nombre cuya autoridad trasciende gobiernos, generaciones, sistemas y aun dimensiones invisibles.

Ese nombre es Jesús.

La Escritura declara que, después de su obediencia, de su sacrificio y de su entrega hasta la muerte, Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está por encima de cualquier otro nombre. Un nombre delante del cual toda rodilla terminará doblándose: **en el cielo, en la tierra y aun debajo de la tierra.** Quiero que te detengas

un momento en esa imagen.

Toda rodilla. No algunas. No solo las que creen. No únicamente las que lo reconocen ahora. **Toda rodilla.** Eso significa que no existe autoridad más alta. No hay poder humano, espiritual o terrenal que pueda colocarse por encima **del nombre de Jesús.**

Todo está debajo de su autoridad. Esto cambia completamente la manera en que entendemos el uso de Su nombre. Porque cuando hablamos **del nombre de Jesús,** no estamos hablando simplemente de una figura histórica ni de un símbolo religioso. Estamos hablando del Rey de reyes y Señor de señores. Del nombre que el Padre exaltó por encima de toda autoridad visible e invisible.

Por eso la iglesia no ora en **el nombre de Jesús** solo por costumbre. Hay un principio espiritual profundo detrás de ello. Jesús entregó a su iglesia el derecho de representar su nombre.

No cualquier nombre. No el nombre de un hombre. No el prestigio humano. Su Nombre. Quiero que entiendas algo importante: **el poder**

del Nombre no proviene únicamente de cómo suena, sino de quién lo porta.

Para explicarlo mejor, pensemos nuevamente en algo cotidiano. No es lo mismo recibir una carta firmada por una persona desconocida que recibir un documento respaldado por alguien con gran autoridad. En el mundo natural, mientras mayor es la posición de quien firma, mayor es el peso de lo que representa.

Por eso no es igual tener un respaldo común que uno proveniente de alguien con influencia nacional o mundial. Hay niveles de autoridad. Sin embargo, aun la autoridad humana más grande sigue siendo limitada. Gobiernos caen. Imperios terminan. Líderes cambian.

Todo poder terrenal tiene fecha de caducidad.

El nombre de Jesús permanece eternamente. Él no gobierna únicamente sobre una nación. **Gobierna sobre todo.** La Biblia enseña que el Padre lo sentó en el lugar de máxima autoridad, por encima de todo principado, poder, dominio y autoridad. No solo en este tiempo, sino también

en el venidero.

Eso significa que no existe área donde Jesús no tenga autoridad absoluta. Y cuando esta verdad deja de ser solamente información y se convierte **en revelación**, algo cambia dentro del creyente. Porque entonces entiendes que no estás caminando solo.

Comprendes que el nombre que llevas representa una autoridad superior a cualquier circunstancia que enfrentes. No significa ausencia de dificultades. Significa presencia de autoridad en medio de ellas.

A lo largo de la historia bíblica vemos hombres y mujeres que comprendieron esto. No dependían únicamente de su fuerza personal. Sabían que el poder no estaba en ellos mismos, sino en Aquel que los había enviado.

Los discípulos entendieron esta verdad después de la resurrección de Jesús. Dejaron de esconderse por miedo y comenzaron a caminar con autoridad. Oraban en su nombre. Predicaban en su nombre. Sanaban en su nombre. Y aun aquello que parecía imposible comenzaba a

rendirse ante la autoridad de Cristo.

¿Por qué?

Porque el cielo respalda **el nombre de Jesús**.

Hay algo que el enemigo intenta constantemente: **minimizar el peso de ese NOMBRE**. Hacer que las personas lo vean como algo común, rutinario o superficial. Sabe que cuando un creyente entiende verdaderamente la autoridad que hay en Jesús, deja de vivir intimidado por las circunstancias.

Comienza a caminar desde otra posición. Ya no ora desde la derrota. Ora desde la autoridad. Ya no enfrenta la vida únicamente desde la debilidad humana. La enfrenta sabiendo quién está sobre él y quién respalda su vida. Por eso comparto contigo solo acerca de un nombre, sino acerca del gobierno espiritual que existe detrás de ese nombre.

Jesús no es simplemente alguien importante dentro de la historia espiritual. Él es la máxima autoridad del universo. El cielo lo reconoce. La tierra lo reconoce. Aun las tinieblas saben quién es Él. La diferencia es que muchos creyentes

todavía no comprenden completamente lo que significa vivir bajo esa autoridad. Porque una cosa es mencionar el nombre... y otra muy distinta es creer verdaderamente en el peso que ese nombre tiene. Cuando esa revelación llega al corazón, desaparece la necesidad de exaltar nombres humanos. **El protagonismo** deja de estar en las personas y vuelve a colocarse donde siempre debió estar: **en Jesús**. Al final, solo hay un nombre que permanece por encima de todo.

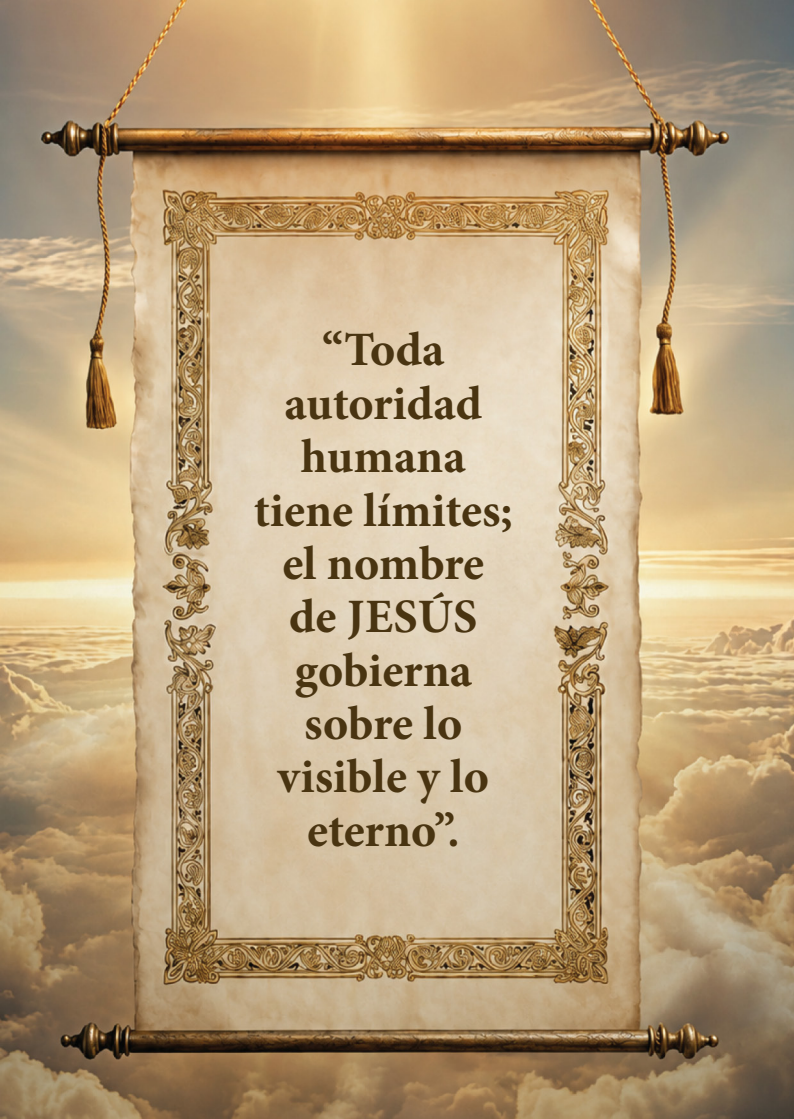
Un nombre que sana.

Un nombre que libera.

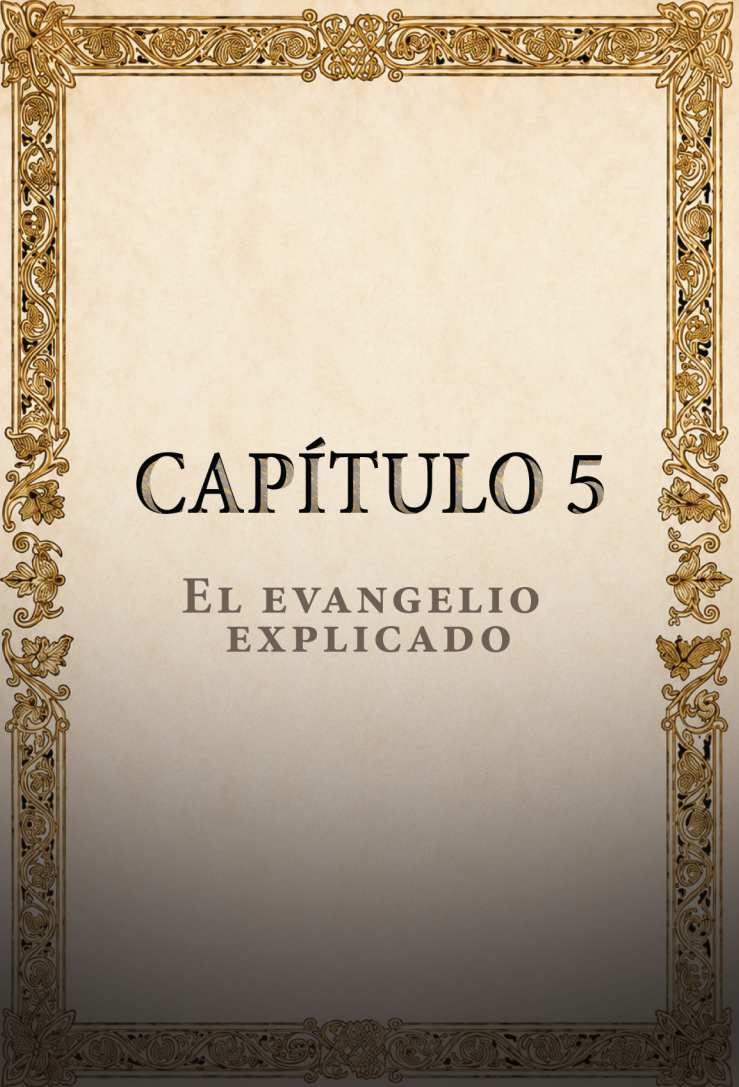
Un nombre que sostiene.

Un nombre que gobierna.

El nombre sobre todo nombre.



**“Toda
autoridad
humana
tiene límites;
el nombre
de JESÚS
gobierna
sobre lo
visible y lo
eterno”.**



CAPÍTULO 5

EL EVANGELIO
EXPLICADO

Porque de tal manera amó Dios
al mundo, que ha dado a su Hijo
unigénito, para que todo aquel
que en él cree, no se pierda, mas
tenga vida eterna.

— Juan 3:16

El amor y la justicia se encontraron en la
cruz

Existen verdades tan profundas que, en
ocasiones, solo pueden comprenderse cuando
el corazón las experimenta a través de una
historia. El evangelio es una de ellas. Muchos han
escuchado acerca de Jesús toda su vida.

A lo largo del tiempo, muchas personas han escuchado acerca del evangelio sin entender realmente su esencia. Han oído hablar de la cruz, del perdón y del amor de Dios. Sin embargo, para algunos el mensaje termina convirtiéndose únicamente en información religiosa, sin llegar a entender verdaderamente lo que ocurrió en el Calvario.

Por eso Jesús constantemente enseñaba usando historias. Porque una verdad ilustrada puede abrir el corazón de una manera que un discurso frío jamás lograría. Lo ven como una religión, un conjunto de normas o una tradición espiritual. Sin embargo, el evangelio es mucho más que eso. En su núcleo existe una demostración de amor tan inmensa que transformó para siempre la relación entre **Dios y la humanidad**.

Para entenderlo mejor, quiero llevarte a una escena. Imagina un reino gobernado por un rey conocido en toda la tierra por dos características innegociables: **su justicia absoluta y su inmenso amor por su pueblo**. Nadie dudaba de su integridad. Sus decretos eran firmes, rectos

e incorruptibles. Cierta día, comenzaron a desaparecer riquezas del tesoro real. Después de investigar lo ocurrido, el rey emitió un decreto: cualquier persona descubierta robando del tesoro recibiría una severa condena. La ley había sido establecida públicamente, delante de todos.

El tiempo pasó. Finalmente, el culpable fue descubierto. Sin embargo, aquello que parecía un caso sencillo se convirtió en el momento más doloroso del reino. La persona que había tomado del tesoro no era un extraño ni un enemigo. Era la hija del rey. **El silencio llenó el salón.**

Todos observaron al monarca esperando su reacción. Algunos pensaban que retiraría el decreto. Otros imaginaban que ignoraría la falta para proteger a quien amaba. Después de todo, era su hija. **Aun así, existía un problema.**

Si el rey anulaba la sentencia únicamente por afecto, dejaría de ser justo. La ley perdería valor. El reino entero comprendería que la justicia dependía de las emociones del momento. No obstante, si aplicaba el castigo, aquella niña no sobreviviría.

El rey amaba profundamente a su hija. Al mismo tiempo, no podía negar su propia justicia. Entonces ocurrió algo inesperado. La sentencia debía cumplirse, así que ordenó preparar el castigo. El verdugo tomó posición. Todos observaban con asombro. Parecía imposible comprender cómo el rey permitiría aquello.

En el instante previo al primer azote, el monarca levantó la mano. El salón entero quedó inmóvil. Muchos pensaron que finalmente había cambiado de decisión. Sin embargo, el rey descendió de su trono, caminó hasta donde estaba su hija, la cubrió con su propio cuerpo y dio una orden imposible de olvidar: **“Continúen”**. Cada golpe destinado a la hija cayó sobre el rey. La justicia se cumplió. El amor también. Aquella escena refleja, de manera limitada, lo que ocurrió en la cruz.

La humanidad había fallado delante de Dios. El pecado no podía simplemente ignorarse, porque Dios sigue siendo justo. Aun así, el amor del Padre era tan grande que decidió no abandonarnos a nuestra condición. Por esa razón envió a su Hijo.

¿Cómo puede Dios amar al pecador sin dejar de ser justo?

Porque la realidad es esta: el pecado sí tiene consecuencias. La humanidad decidió apartarse de Dios. El hombre escogió independencia, orgullo y rebelión. Desde el principio, el pecado deformó la creación y separó al ser humano de la vida que existía en comunión con el Padre.

La Biblia enseña que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. Nadie puede pararse delante del Señor diciendo que jamás falló. Quizá algunos comparen sus errores con los de otros para sentirse mejor, aunque delante de la santidad de Dios toda humanidad necesita salvación.

Ese es el verdadero problema del hombre.

No solamente necesita mejorar hábitos.

No solamente necesita motivación.

Si bien la Escritura enseña que Dios amó al mundo y entregó a Jesús para que todo aquel que confíe en Él no permanezca perdido, sino que encuentre vida eterna, necesita redención. Esa

entrega no fue un acto simbólico ni una simple demostración emocional. **Fue un sacrificio real.**

Nosotros éramos los culpables. Nosotros nos alejamos de Dios. Merecíamos las consecuencias del pecado. Aun así, el amor del Padre fue tan grande que decidió enviar a su Hijo.

Jesús ocupó nuestro lugar. La condena que correspondía al ser humano cayó sobre Él. El inocente tomó el lugar del culpable. La cruz se convirtió en el punto donde la justicia divina y el amor perfecto se encontraron. Esa es la esencia del evangelio.

No se trata únicamente de una historia de sufrimiento. Tampoco es un mensaje basado en culpa religiosa. El evangelio anuncia que Dios decidió acercarse al hombre aun sabiendo su condición. Revela que el Padre no ignoró el pecado, sino que decidió resolverlo pagando Él mismo el precio. Por eso Jesús permaneció obediente hasta la muerte.

No fue una tragedia fuera de control. Fue una entrega voluntaria nacida del amor. Cada paso hacia la cruz llevaba un propósito eterno:

abrir un camino de reconciliación para la humanidad. Comprender esto transforma por completo la manera de **relacionarse con Dios.**

Muchos viven intentando ganarse el amor divino mediante esfuerzo, méritos o perfección personal. Sin embargo, la cruz demuestra que el amor de Dios existía antes de que pudiéramos merecerlo.

Cristo no murió por personas perfectas. Murió por personas necesitadas de redención. **Esa verdad cambia el corazón.** Entonces entiendes que el evangelio no comienza con lo que tú haces por Dios, sino con lo que Dios decidió hacer por ti.

La salvación nace del amor del Padre.

La cruz revela la obediencia del Hijo.

La reconciliación se vuelve posible por gracia.

A partir de ahí, la vida deja de centrarse únicamente en reglas externas y comienza a construirse desde una relación viva con Aquel que entregó todo. Por eso el evangelio sigue teniendo poder.

No importa cuán lejos haya llegado alguien, cuántos errores haya cometido o cuántas veces haya fallado. La cruz continúa proclamando la misma verdad: **existe un Padre dispuesto a restaurar al ser humano.** Eso no minimiza la gravedad del pecado. Más bien revela la magnitud del amor divino.

El Rey descendió de su trono. Tomó el lugar del culpable. Recibió sobre sí el castigo que nos correspondía. Y gracias a ese sacrificio, hoy existe acceso a una nueva vida.

La cruz no fue un accidente.

No fue derrota.

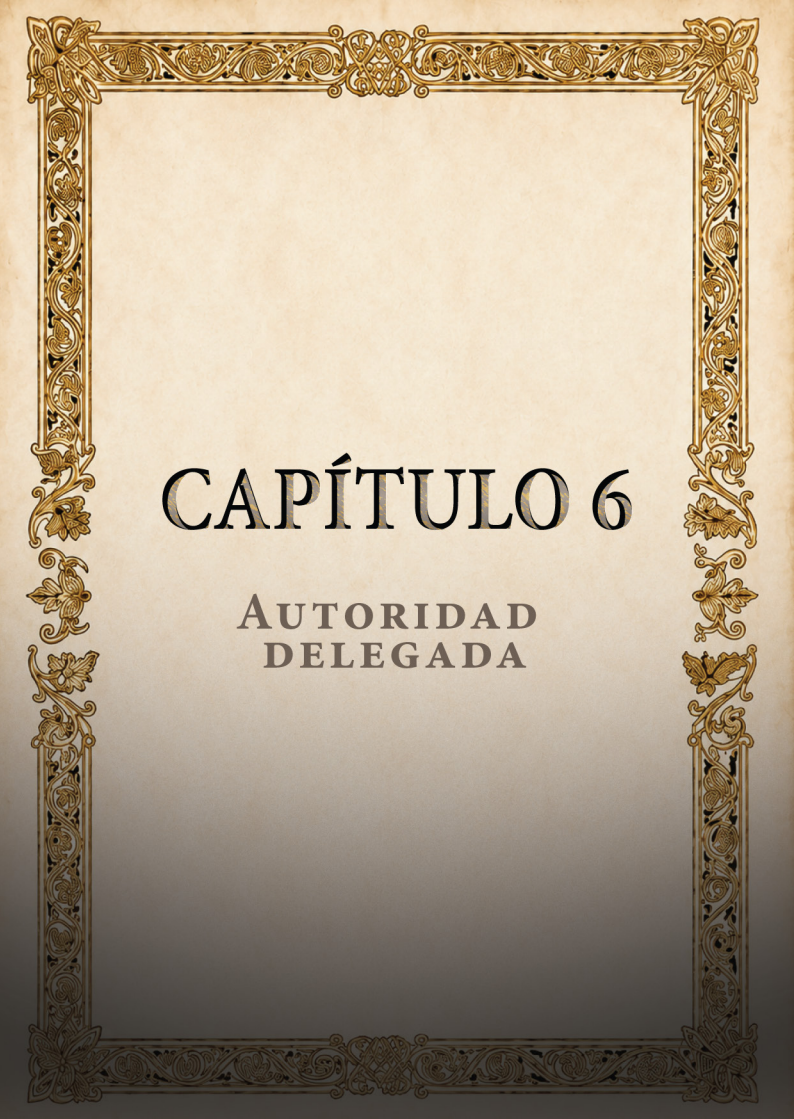
No fue improvisación.

Fue amor.

Ese es el verdadero evangelio.



**“La cruz
demuestra
que el amor
de Dios fue
más grande
que nuestra
culpa”.**



CAPÍTULO 6

AUTORIDAD
DELEGADA

**Y estas señales seguirán a los que
creen: En mi nombre echarán
fuera demonios; hablarán nuevas
lenguas.**

— Marcos 16:17

El Cielo respalda el nombre de Jesús.

Uno de los errores más comunes dentro de la vida espiritual consiste en pensar que el evangelio se trata únicamente de asistir a una iglesia o acumular conocimiento bíblico. Sin embargo, Jesús nunca llamó discípulos para convertirlos en simples espectadores del reino. Los llamó para representar su autoridad en la

tierra.

La cruz jamás fue el cierre de la historia. Representó el inicio de una nueva realidad espiritual para la humanidad. Jesús no solamente murió. Él **resucitó**. Y esa resurrección confirmó públicamente que el pecado, la muerte y las tinieblas no tuvieron la última palabra.

El Padre levantó a su Hijo con poder, exaltándolo por encima de toda autoridad visible e invisible. Aquí se encuentra uno de los fundamentos más profundos del evangelio: **el nombre de Jesús posee autoridad absoluta porque fue respaldado por el mismo cielo.**

La Escritura enseña que el Padre sentó a Cristo a su derecha en los lugares celestiales, colocándole sobre principados, potestades, dominios y cualquier autoridad existente, tanto en este tiempo como en el venidero.

En la cultura antigua, sentarse a la derecha del rey no era un detalle decorativo. Esa posición representaba gobierno, confianza y autoridad compartida. El Padre estaba declarando delante de toda la creación quién posee el dominio

supremo.

Jesús fue establecido como Rey sobre todo.

Sobre toda nación.

Sobre todo sistema.

Sobre todo poder espiritual.

Sobre todo nombre que pueda existir.

Nada quedó fuera de su autoridad. Por esa razón, el evangelio no puede reducirse a una idea motivacional o a un simple mensaje de superación personal. El evangelio anuncia que **Cristo reina**. Su victoria es real. Su autoridad sigue vigente. Y aquí aparece algo extraordinario. Ese mismo Jesús decidió compartir autoridad con su iglesia. No entregó a sus discípulos una filosofía para sobrevivir en el mundo. **Les entregó su nombre.**

Por eso declaró que señales sobrenaturales acompañarían a quienes creyeran en Él. Habló de personas que confrontarían las tinieblas en su nombre. Personas comunes respaldadas por una autoridad extraordinaria. Observa cuidadosamente algo importante: **Jesús jamás**

dijo que el poder estaría en los creyentes mismos. El poder siempre estaría ligado a Su nombre. **Eso cambia completamente la perspectiva.**

Porque entonces entiendes que la autoridad espiritual no nace del esfuerzo humano. Tampoco proviene de personalidad, carisma o talento ministerial. Todo depende de **la autoridad de Cristo resucitado.**

Durante mucho tiempo, muchos creyentes han vivido intentando enfrentar la vida únicamente con sus propias fuerzas. Luchan contra cargas emocionales, hábitos destructivos, opresión espiritual o situaciones imposibles, pensando que todo depende de cuánto resistan. Sin embargo, el evangelio nunca fue diseñado para que caminaras solo.

Fuimos llamados a vivir respaldados por **el nombre de Jesús**. A lo largo de mi caminar he comprendido que existen personas sinceras que aman a Dios, aunque todavía viven derrotadas porque no entienden la autoridad que les fue dada. Oran como mendigos espirituales, aun teniendo acceso al Rey. Enfrentan las tinieblas

desde el temor, aunque Cristo ya venció en la cruz.

La Biblia revela que Jesús no solamente derrotó al enemigo; también lo exhibió públicamente, arrebatándole su autoridad. La victoria ya fue obtenida. Eso significa que el creyente no pelea buscando una victoria futura. Pelea desde una **victoria consumada en Cristo.**

Esa verdad transforma la manera de vivir.

La oración cambia.

La fe cambia.

La perspectiva cambia.

Dejas de mirar tus limitaciones como el centro de todo y comienzas a enfocarte en quién respalda tu vida. Ahora bien, resulta importante entender algo: **autoridad delegada no significa independencia.** Aquí es donde muchos se equivocan.

Algunas personas desean operar en poder espiritual sin permanecer sometidas a Dios. Quieren resultados sobrenaturales mientras continúan viviendo bajo orgullo, autosuficiencia

o desobediencia. No obstante, la autoridad del Reino funciona desde la alineación, no desde el ego. La autoridad Espiritual jamás nace del hombre. **Proviene de Cristo.**

El nombre de Jesús no fue entregado para construir plataformas humanas. Fue dado para manifestar el reino de Dios. Por eso Jesús respalda aquello que refleja su voluntad, su carácter y su propósito. El cielo nunca respaldará aquello que intenta robar la gloria que le pertenece a Cristo.

He aprendido algo con el tiempo: **el peligro más grande para alguien que comienza a ser usado por Dios no siempre es el ataque del enemigo; muchas veces es olvidar de dónde proviene el poder.** Resulta muy fácil comenzar dependiendo de Jesús... y terminar dependiendo de uno mismo.

La gente empieza a admirar dones, capacidades o resultados, y lentamente el corazón corre el riesgo de apropiarse de aquello que pertenece únicamente al Señor. Sin embargo, el verdadero discípulo entiende que todo proviene de Cristo.

Eso cambia completamente la manera de enfrentar la vida espiritual. Jesús venció en la cruz del calvario y anuló toda acta de decretos que había en nuestra contra. Por lo tanto, dejemos de depender nuestras capacidades y habilidades. Permanezcamos debajo del Nombre que es sobre todo nombre. Todo le pertenece a Él.

La sanidad la produce Él.

La transformación la produce Él.

Los milagros los produce Él.

Nosotros solamente somos instrumentos bajo su nombre.

Los primeros discípulos comprendieron esta verdad. Jamás construyeron un evangelio centrado en ellos mismos. Cada milagro apuntaba hacia Jesús. Cada predicación exaltaba a Jesús. Cada manifestación sobrenatural tenía un propósito: **revelar que Cristo seguía vivo.**

Por eso caminaban con valentía. No porque fueran invencibles humanamente, sino porque entendían quién los había enviado. Y aquí quiero llevarte a una reflexión importante: El enemigo

no teme a una religión vacía. Tampoco se intimida por discursos espirituales sin convicción. Lo que realmente confronta las tinieblas es una vida que entiende la autoridad **del nombre de Jesús** y permanece alineada bajo ese nombre.

Hay una diferencia enorme entre hablar acerca de Jesús... y representar verdaderamente su autoridad. La iglesia fue llamada a caminar bajo esa autoridad.

No desde arrogancia espiritual.

No desde espectáculo religioso.

No desde protagonismo humano.

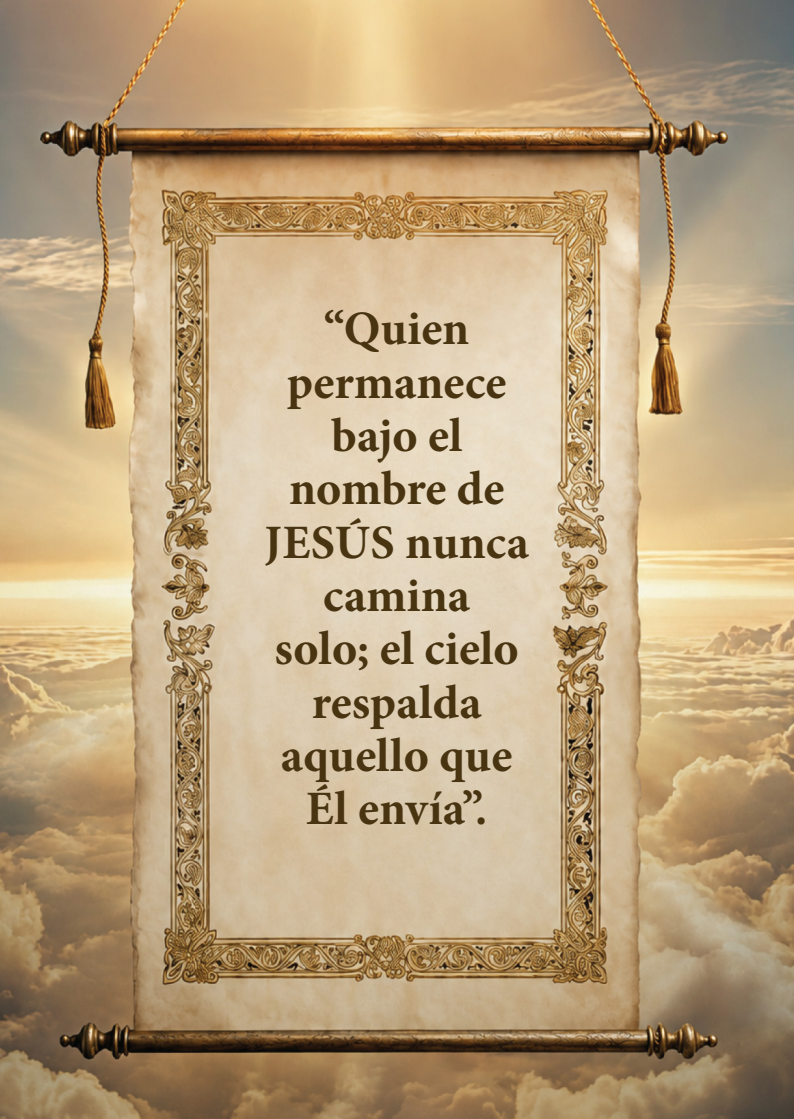
Sino desde dependencia total del Rey resucitado. Ese es el peso de la autoridad delegada.

Cristo venció.

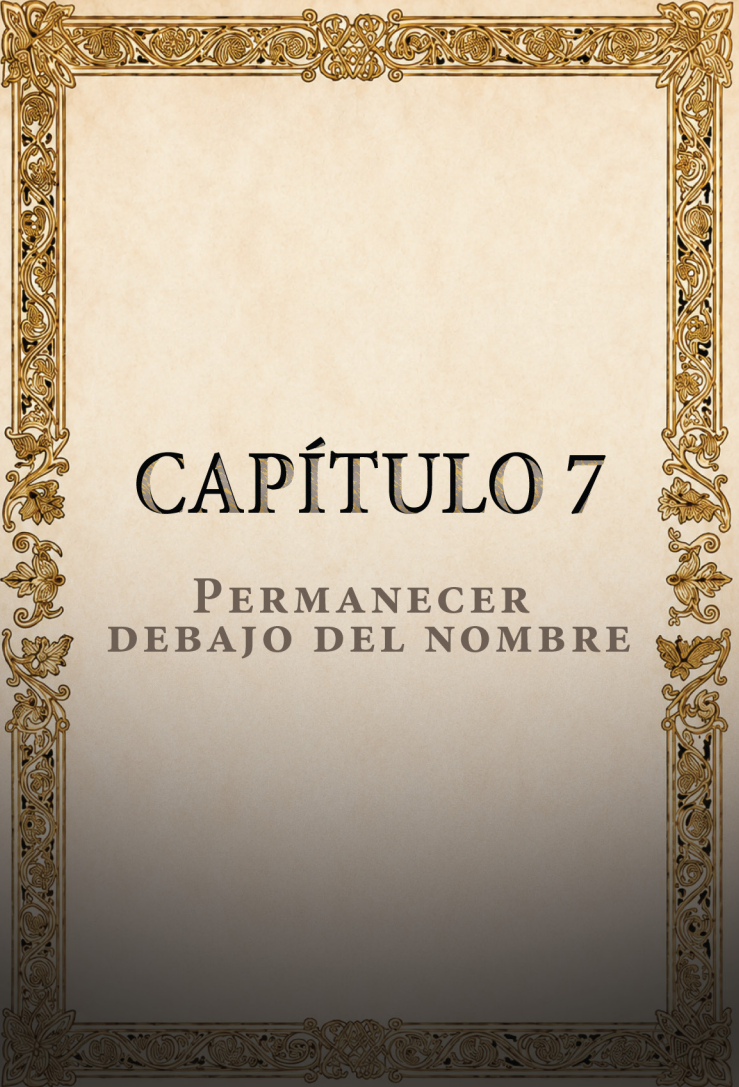
Cristo reina.

Cristo respalda su nombre.

Y todo aquel que **permanece debajo** de ese nombre jamás vuelve a caminar solo.

A scroll with a quote about Jesus, set against a background of clouds and a sunset. The scroll is made of parchment and is held by a wooden frame with decorative tassels. The text is written in a serif font and is centered on the scroll. The background shows a vast expanse of white clouds under a warm, golden sky, suggesting a sunrise or sunset.

**“Quien
permanece
bajo el
nombre de
JESÚS nunca
camina
solo; el cielo
respalda
aquello que
Él envía”.**



CAPÍTULO 7

PERMANECER
DEBAJO DEL NOMBRE

Y todo lo que hacéis, sea de
palabra o de hecho, hacedlo todo
en el nombre del Señor Jesús,
dando gracias a Dios Padre por
medio de él.

— Colosenses 3:17

Vivir bajo la autoridad de Jesús trae
seguridad.

Existe una gran diferencia entre mencionar
el nombre de Jesús... y permanecer
verdaderamente debajo de Su nombre.

Muchos conocen el lenguaje cristiano. Saben

orar, predicar o hablar acerca de Dios. Aun así, otra cosa muy distinta es vivir cada día consciente de que todo proviene de Cristo y debe regresar a Él.

La Escritura enseña que todo lo que hagamos, sea con palabras o con acciones, debe realizarse en **el nombre de Jesús**, dando gracias al Padre por medio de Él. No se trata únicamente de añadir una frase espiritual al final de nuestras actividades. El pasaje apunta hacia una manera completa de vivir. Todo es todo.

La manera de hablar, de servir, de trabajar, de tratar a otros y de vivir diariamente debía reflejar **el nombre de Jesús**.

Pensar bajo su nombre.

Servir bajo su nombre.

Caminar bajo su nombre.

Permanecer bajo su nombre.

El problema del corazón humano siempre ha sido el mismo: **querer ocupar el lugar que solamente le pertenece a Dios**.

A lo largo del tiempo he visto personas

comenzar sinceramente en el camino del Señor. Dios empieza a usar sus vidas, aparecen dones, talentos, capacidades espirituales, resultados visibles... y poco a poco surge una tentación silenciosa: **apropiarse de aquello que solo pertenece a Cristo.**

El reconocimiento comienza a crecer.

La gente empieza a admirar.

Los resultados se vuelven evidentes.

Casi sin darse cuenta, algunos dejan de señalar a Jesús y comienzan a señalarse a sí mismos. **Ese es un lugar peligroso.** El corazón comienza a ser probado. Resulta muy fácil hablar de humildad cuando nadie te conoce. El verdadero reto aparece cuando llegan los resultados, la influencia o el reconocimiento.

Es importante nunca olvidar de donde proviene todo. Dios jamás diseñó el evangelio para levantar la gloria del hombre. Todo fue creado para exaltar al Hijo.

Los dones pertenecen al Señor.

La sanidad proviene del Señor.

Los milagros los hace el Señor.

La transformación la produce el Señor.

Nosotros únicamente somos instrumentos.

Por esa razón resulta tan importante permanecer debajo del nombre. Mientras una persona se mantiene ahí, permanece cubierta, alineada y consciente de quién merece la gloria. En cambio, salir del nombre significa comenzar a operar desde la carne, desde el ego y desde la autosuficiencia. La carne siempre termina agotando al hombre.

Recuerdo una ocasión en la que salimos a evangelizar en un parque. No había escenarios, reflectores ni plataformas. Solo existía un grupo de personas apasionadas por Jesús, dispuestas a servir a otros.

Entre las personas que encontramos había un hombre necesitado. Oramos por él en **el nombre de Jesús**, compartimos alimento, le ayudamos con un corte de cabello y pasamos tiempo escuchándolo. Después de todo aquello, aquel hombre nos miró sorprendido y dijo algo que jamás olvidaré. "Si ustedes están así

de entregados, no me imagino cómo estarán sus pastores”. Aquello me hizo reflexionar profundamente. Lo que realmente impacta a las personas no es el protagonismo humano. Lo que transforma vidas es la presencia de Jesús reflejada a través de personas que permanecen debajo de Su nombre.

Ese día nadie buscaba reconocimiento personal. No importaban los títulos, las posiciones ni las apariencias. Lo único verdaderamente importante era Jesús. Y eso debería seguir siendo suficiente.

Lamentablemente, existe una tendencia constante dentro del corazón humano: **convertir el ministerio en una plataforma personal**. Algunas personas empiezan dependiendo totalmente de Dios, aunque con el tiempo terminan construyendo una identidad alrededor de sus capacidades espirituales. El verdadero discípulo entiende algo fundamental: **jamás fue llamado a reemplazar a Jesús**. Fuimos llamados a reflejarlo. El hombre solamente es un instrumento. Todo gira alrededor de Cristo.

Por esa razón discipular personas no significa

crear seguidores personales. El propósito siempre debe conducir a Cristo. Cada enseñanza, cada servicio, cada oportunidad ministerial debería acercar a las personas más a Jesús y menos a nuestra propia imagen.

El nombre importante no es el nuestro.

El nombre que transforma es el de Jesús.

Comprender esto trae libertad.

En ese momento dejas de cargar la presión de querer demostrar algo constantemente. Ya no necesitas construir reputación personal ni vivir buscando aprobación humana. Tu identidad descansa en permanecer debajo **del nombre de Jesús. Ahí existe seguridad.**

Cuando una persona vive bajo el nombre de Cristo, entiende que no necesita robar gloria. Sabe perfectamente de dónde proviene todo lo bueno que ocurre en su vida. Esa conciencia produce humildad genuina.

No una humildad fingida.

No una humildad religiosa.

Una humildad nacida del entendimiento de

que sin Jesús no somos nada.

Por eso permanecer debajo del nombre no representa debilidad. Representa sabiduría espiritual.

El orgullo desconecta al hombre de la fuente. La humildad lo mantiene cerca del Señor. Jesús mismo modeló esto constantemente. Aun teniendo toda autoridad, jamás buscó exaltarse a sí mismo. Todo lo dirigía hacia el Padre. Su vida entera reflejaba dependencia, obediencia y rendición. Ese mismo espíritu debe existir en nosotros.

Cada palabra.

Cada decisión.

Cada servicio.

Cada oportunidad.

Todo debería apuntar hacia Él. Porque el día que el hombre comienza a ocupar el centro, inevitablemente se desvía del propósito. Permanecer debajo del nombre significa recordar continuamente quién sostiene nuestra vida. Significa entender que la autoridad espiritual

jamás debe separarse de la dependencia espiritual. Significa dejar que Él gobierne pensamientos, decisiones y prioridades. Significa reconocer diariamente que no somos nada sin Cristo. Pertenece a Cristo. Ahí permanece el equilibrio correcto.

Mientras Cristo ocupa el centro, el corazón permanece sano. Mientras Jesús recibe la gloria, el alma permanece alineada. Mientras vivimos debajo de Su nombre, seguimos caminando bajo cobertura. Y fuera de ese lugar, tarde o temprano, el hombre termina dependiendo únicamente de sí mismo.

Por eso quiero dejarte esta verdad grabada en el corazón: **Nunca permitas que aquello que Dios hace a través de ti te haga olvidar quién es el que realmente lo está haciendo.**

Permanece debajo del nombre.

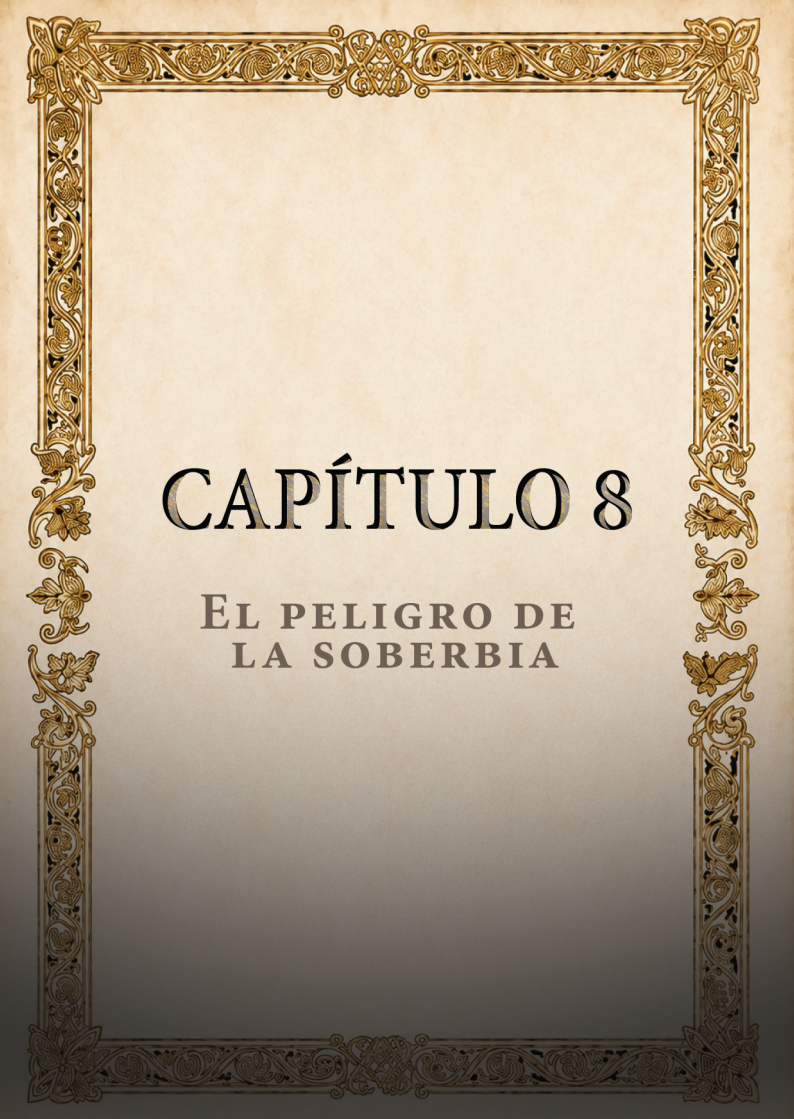
Ahí está la autoridad.

Ahí está la cobertura.

Ahí está la vida.



**“La verdadera
grandeza
comienza
cuando el
hombre deja
de exaltarse
a sí mismo
y decide
permanecer
bajo el nombre
de JESÚS”.**



CAPÍTULO 8

EL PELIGRO DE
LA SOBERBIA

**Antes del quebrantamiento es
la soberbia, y antes de la caída la
altivez de espíritu.**

— Proverbios 16:18

El veneno silencioso que te aparta de Dios.

Pocas cosas son tan peligrosas para el corazón del creyente como la soberbia. No llega haciendo ruido. No suele anunciarse abiertamente, ni presentarse de manera evidente al principio. No aparece anunciándose como enemiga. Por el contrario, suele presentarse de manera sutil, disfrazada de reconocimiento, capacidad, éxito o admiración.

Se infiltra lentamente hasta hacerle creer a la persona que aquello que Dios está haciendo comenzó a producirse por mérito propio.

Por esa razón la Escritura advierte que antes de la caída aparece la altivez de espíritu. Antes del quebranto, el corazón comienza a elevarse incorrectamente. Es impresionante notar el orden de esta porción de la Biblia.

Primero aparece la altivez, después viene la caída. La soberbia no solamente procede el quebranto; lo prepara. El problema del orgullo espiritual es que muchas veces puede disfrazarse incluso de algo aparentemente bueno.

La caída no inicia en lo visible; comienza mucho antes, en el interior. **Todo pecado visible tiene primero una raíz invisible.**

La soberbia produce exactamente eso: **una desconexión progresiva de la dependencia hacia Dios.** Poco a poco el hombre deja de mirar hacia Cristo y empieza a contemplarse demasiado a sí mismo.

Al principio puede parecer algo pequeño. Una frase. Un pensamiento. Una necesidad de

reconocimiento. Sin embargo, si no se confronta, se anida en el corazón y termina creciendo.

“Viste cómo hablé”.

“Viste cómo prediqué”.

“Viste cómo Dios me usa”.

“Viste que impacto tengo en las personas”.

Y aunque esas palabras puedan parecer inofensivas, revelan algo mucho más profundo: **el corazón comenzó a desplazarse del nombre de Jesús hacia el nombre propio. Esto es un verdadero peligro.**

El hombre comienza a creerse indispensable. Ese es uno de los lugares más peligrosos donde puede entrar el corazón. En el momento en el que una persona sale del nombre y comienza a operar desde su ego, queda expuesta espiritualmente. Deja de depender de la cobertura de Cristo y empieza a sostenerse sobre su propia imagen.

Nadie puede soportar ese peso por mucho tiempo. Todos debemos permanecer vigilando nuestro corazón, para no apropiarnos de lo que solo le pertenece a Dios.

Jesús enseñó que el enemigo vino para robar, matar y destruir. Una de sus estrategias más efectivas consiste precisamente en alimentar el orgullo del hombre. Sabe perfectamente que **un corazón soberbio** tarde o temprano **se desconecta de Dios**.

La soberbia intoxica lentamente el alma. Hace que el hombre olvide de dónde salió. Le roba sensibilidad espiritual. Lo lleva a depender de sí mismo. Y lo más peligroso es que muchas veces quien cae en orgullo ni siquiera lo nota al principio.

Recuerdo claramente una experiencia que marcó profundamente mi vida. Recién habíamos llegado a Pachuca. Después de predicar en una reunión, una persona mayor se acercó emocionada y comenzó a decirme palabras de admiración exagerada acerca de mi predicación. Hablaba de manera tan exaltada que, mientras escuchaba, algo dentro de mí se estremeció.

No porque las palabras fueran malas en sí mismas, sino porque entendí el peligro que podían representar para mi corazón. En ese instante hice una oración sencilla, pero muy

sincera delante del Señor: **“No permitas que mi corazón se robe la gloria que te pertenece”**. Porque comprendí algo importante: **La soberbia es un veneno dulce**.

Al principio sabe bien. Alimenta el ego. Produce satisfacción momentánea. Hace sentir importante al hombre. No obstante, detrás de esa dulzura existe algo mortal. Poco a poco la persona empieza a creer que realmente merece la gloria. Comienza a atribuirse capacidades que solamente existen por la gracia de Dios.

Se olvida algo fundamental: **Todo lo que somos proviene del Señor**. Si Dios sana, Él merece la gloria. Si Dios transforma vidas, Él merece la gloria. Si existe revelación, sabiduría o fruto, todo proviene de Él. Nosotros únicamente somos barro en las manos del alfarero. **Comprender esto protege el corazón**.

A lo largo de la Biblia encontramos hombres que comenzaron bien y terminaron perdiéndose precisamente por la soberbia. El orgullo siempre produce el mismo resultado: **independencia de Dios**.

Por esa razón el enemigo intenta constantemente alimentar el ego humano. Le encanta desviar la atención hacia las personas. Mientras Cristo permanece en el centro, el corazón conserva equilibrio. En cambio, cuando el hombre ocupa ese lugar, inevitablemente comienza el deterioro espiritual.

La soberbia no siempre se manifiesta de manera evidente. Algunas veces aparece en pensamientos silenciosos. Otras veces se disfraza de falsa espiritualidad. Incluso puede esconderse detrás del ministerio.

Una persona puede predicar acerca de Jesús... mientras secretamente busca exaltarse a sí misma. Mi interés en esto no se trata únicamente acerca de que aprendas sobre el orgullo que es visible. Sino de la batalla constante que se libra dentro del corazón humano. **La lucha por permanecer debajo del nombre.**

Únicamente bajo **el nombre de Jesús** existe seguridad verdadera. Ahí el hombre recuerda quién es realmente. Comprende que sin Cristo nada puede hacer. Permanece protegido de la necesidad enfermiza de reconocimiento.

La humildad genuina no consiste en hablar mal de uno mismo. Consiste en reconocer correctamente quién merece la gloria. Jesús nunca compartirá el lugar central con el ego humano. No porque sea un Dios inseguro, sino porque el hombre no fue diseñado para cargar una gloria que le pertenece únicamente al Señor.

La gloria nunca nos ha pertenecido. Cada vez que el ser humano intenta apropiarse de ella, termina quebrándose. Por eso la humildad no representa debilidad espiritual. Representa sabiduría. El corazón humilde permanece cerca de Dios porque entiende que depende completamente de Él.

Jesús siendo el Rey de reyes caminó en humildad. Podía haberse exaltado constantemente delante de todos, sin embargo eligió servir, amar y obedecer al Padre hasta la cruz. El Hijo de Dios lavó los pies. Que contraste tan poderoso.

Mientras el hombre lucha desesperadamente por reconocimiento, Cristo enseñó que el camino del Reino pasa por la humildad y el servicio. El verdadero poder espiritual no florece jamás en

un corazón orgulloso. Dios respalda a quien permanece rendido dependiente y consciente de que sin Él nada puede hacer. Y cuanto más usa Dios a una persona, más necesaria se vuelve esa humildad.

Nunca olvides esto: **Aquello que Dios hace a través de ti jamás debe desconectarte de Aquel que lo está haciendo.**

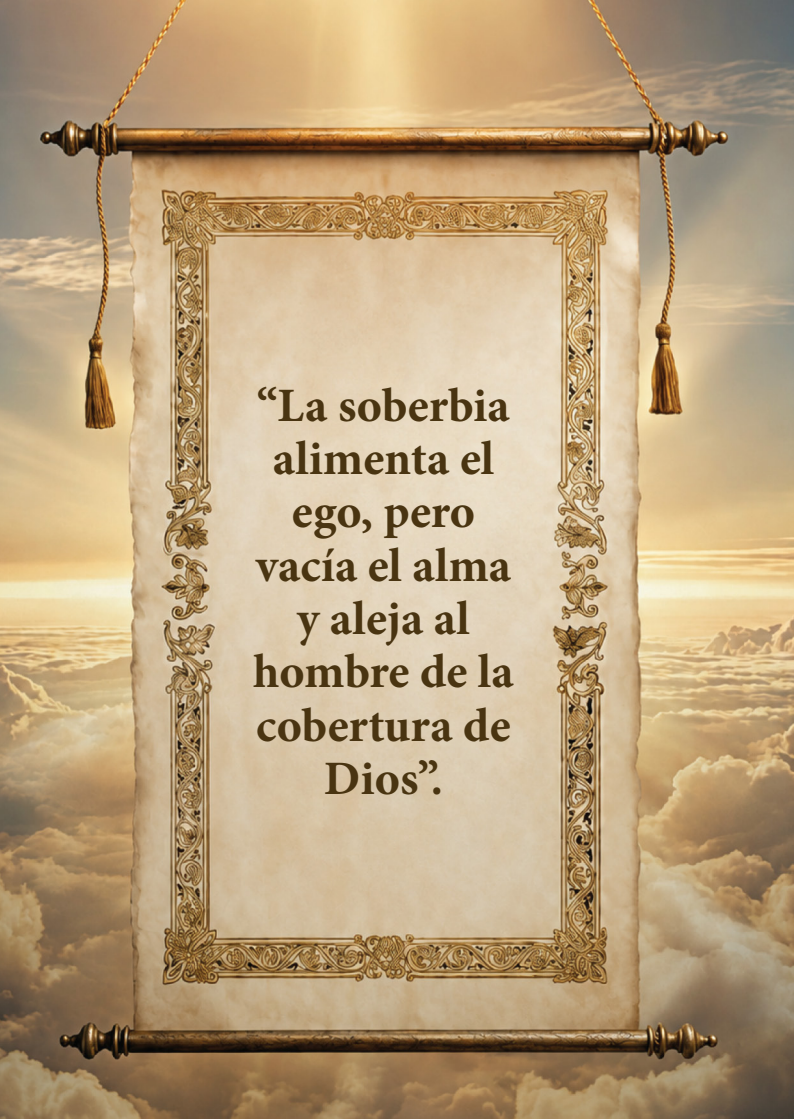
Mantente debajo del nombre.

Ahí permanece la cobertura.

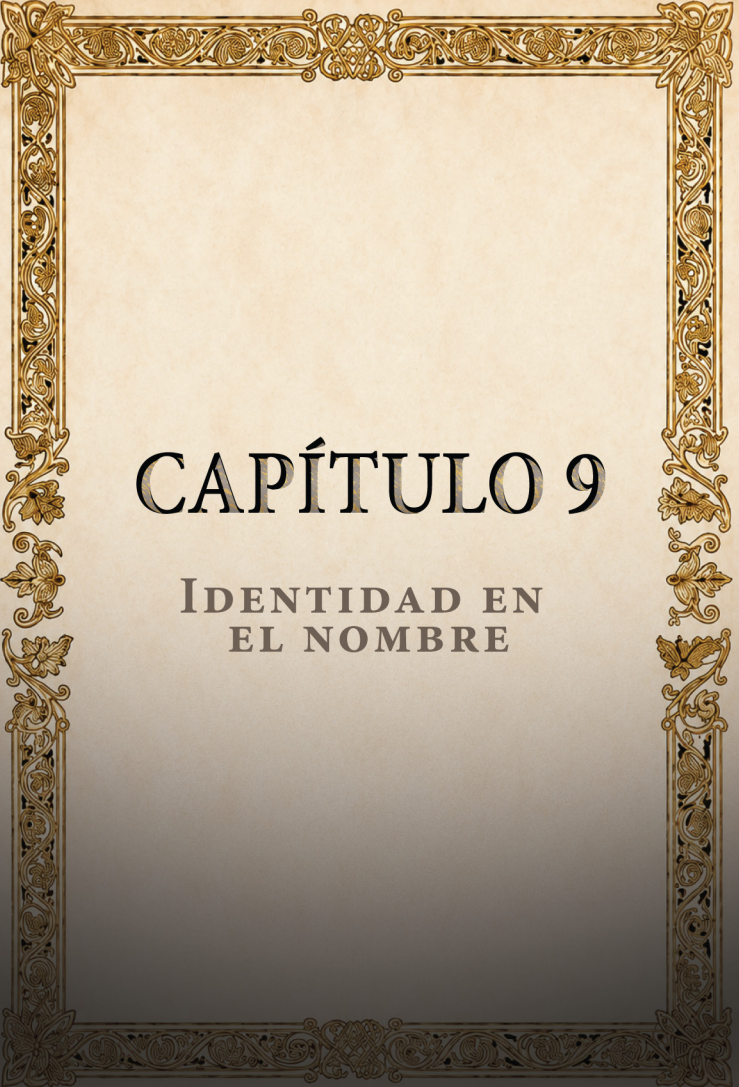
Ahí permanece la vida.

Ahí permanece la gloria correcta.

Fuera de ese lugar, incluso el corazón más sincero puede comenzar a perderse lentamente.



**“La soberbia
alimenta el
ego, pero
vacía el alma
y aleja al
hombre de la
cobertura de
Dios”.**



CAPÍTULO 9

IDENTIDAD EN
EL NOMBRE

Mas a todos los que le
recibieron, a los que creen en su
nombre, les dio potestad de ser
hechos hijos de Dios

— Juan 1:12

Descubriendo quién eres en Cristo.

Una de las preguntas más profundas que puede hacerse el ser humano es ¿Quién soy realmente? Toda creación tiene un diseño.

Aunque parezca sencilla, la respuesta define completamente la manera en que una persona vive. Porque tarde o temprano todos terminan

actuando conforme a la identidad que creen tener. Si alguien se percibe sin valor, vivirá desde el rechazo. Si se considera incapaz, caminará limitado por el temor. La identidad siempre determina la dirección. Por eso el enemigo pelea tanto contra ella.

Nada existe por accidente. Cada cosa fue pensada con una función específica, con características determinadas y con un propósito definido. Basta observar cualquier objeto cotidiano para comprenderlo. Una botella, por ejemplo, fue diseñada para contener algo. Su forma, su tamaño y su estructura responden a la función para la cual fue creada.

Diseño, propósito y destino siempre están conectados. Dios no hace nada al azar. Es por ello que satanás sabe que, si logra deformar la manera en que una persona se ve a sí misma, eventualmente también afectará su manera de ver a Dios, el propósito y el destino que fue trazado para él. No necesita destruir inmediatamente toda una vida; le basta solo con sembrar **una identidad distorsionada**.

La botella cumple su propósito porque

conserva su diseño original. Puede contener aquello para lo cual fue creada y llegar al lugar donde debe estar. Sin embargo, si su estructura es deformada, algo cambia inmediatamente. Ya no funciona igual. Aunque siga existiendo, pierde capacidad para cumplir correctamente aquello para lo que fue diseñada.

Lo mismo ocurre con el ser humano. Dios creó al hombre con identidad, propósito y destino. Ninguna vida fue diseñada para existir vacía o sin dirección. Desde el principio, el corazón humano fue creado para reflejar a Dios y caminar en relación con Él.

Por esa razón el enemigo trabaja constantemente atacando la identidad. No siempre comienza destruyendo externamente. Primero intenta deformar internamente. Sabe perfectamente que si logra alterar la identidad de una persona, tarde o temprano también afectará su propósito y su destino.

Nadie puede caminar correctamente hacia su propósito mientras desconoce quién es realmente. La Escritura declara que todos aquellos que reciben a Jesús y creen en su

nombre reciben el derecho de ser hechos hijos de Dios. Observa cuidadosamente dónde nace esa identidad: **en creer en Su nombre.**

No se obtiene por esfuerzo humano.

No depende de perfección personal.

No surge de logros religiosos.

La identidad verdadera nace de la relación con Cristo. Eso transforma completamente la vida.

Antes de conocer a Dios, muchas personas construyen su identidad alrededor de heridas, errores, aprobación externa o expectativas humanas. Algunos creen que valen por lo que poseen. Otros dependen de la aceptación de los demás para sentirse importantes. Incluso hay quienes viven definidos por su pasado. Sin embargo, ninguna de esas cosas tiene autoridad para definir quién eres.

La verdadera identidad comienza cuando entiendes que eres hijo de Dios. Y esa revelación cambia la manera de caminar. Porque un hijo sabe a quién pertenece. Un hijo entiende quién

lo respalda.

Un hijo no necesita vivir persiguiendo desesperadamente aceptación en lugares equivocados.

A lo largo del tiempo he visto personas sinceras que aman a Dios, aunque todavía viven como si no supieran quiénes son espiritualmente. Permanecen arrastradas por la presión del ambiente, las opiniones ajenas o las tendencias del mundo. **Van hacia donde sopla el viento.**

Si todos hacen algo, ellos también lo hacen.

Si todos aprueban algo, ellos lo siguen.

Si todos viven sin dirección, ellos terminan igual.

¿Por qué sucede eso? Porque una persona sin identidad se vuelve fácilmente influenciable.

Quien no sabe quién es, termina buscando desesperadamente pertenecer a cualquier lugar. Necesita aprobación constante porque internamente no posee seguridad.

Por el contrario, alguien que ha entendido su identidad en Cristo comienza a caminar

diferente. No porque se crea superior a otros, sino porque sabe de dónde **proviene su valor**.

Ya no necesita seguir multitudes para sentirse aceptado. Ya no depende de la validación humana para tener dirección. Su identidad descansa en Dios. Eso produce estabilidad interior.

El enemigo comprende el poder que existe en una identidad sana. Por esa razón intenta constantemente distorsionarla. Desde el principio ha utilizado mentiras para sembrar confusión acerca de quiénes somos delante de Dios.

A algunos les hace creer que jamás serán suficientes. A otros los convence de que su pasado los define para siempre. Incluso hay creyentes que, aun después de conocer a Cristo, continúan viviendo bajo condenación y vergüenza. No obstante, el evangelio revela algo completamente distinto. Dios no solamente perdona al hombre; también le da una nueva identidad.

En Cristo dejamos de vivir como huérfanos espirituales. Recibimos acceso a una relación

viva con el Padre. Ya no caminamos buscando desesperadamente valor en el mundo, porque nuestra identidad comienza a establecerse en el cielo.

Eso trae responsabilidad también.

Ser hijo de Dios no representa únicamente privilegios. Implica reflejar el carácter del Padre. Una identidad correcta siempre produce una manera diferente de vivir.

El hijo comienza a parecerse a Aquel que representa.

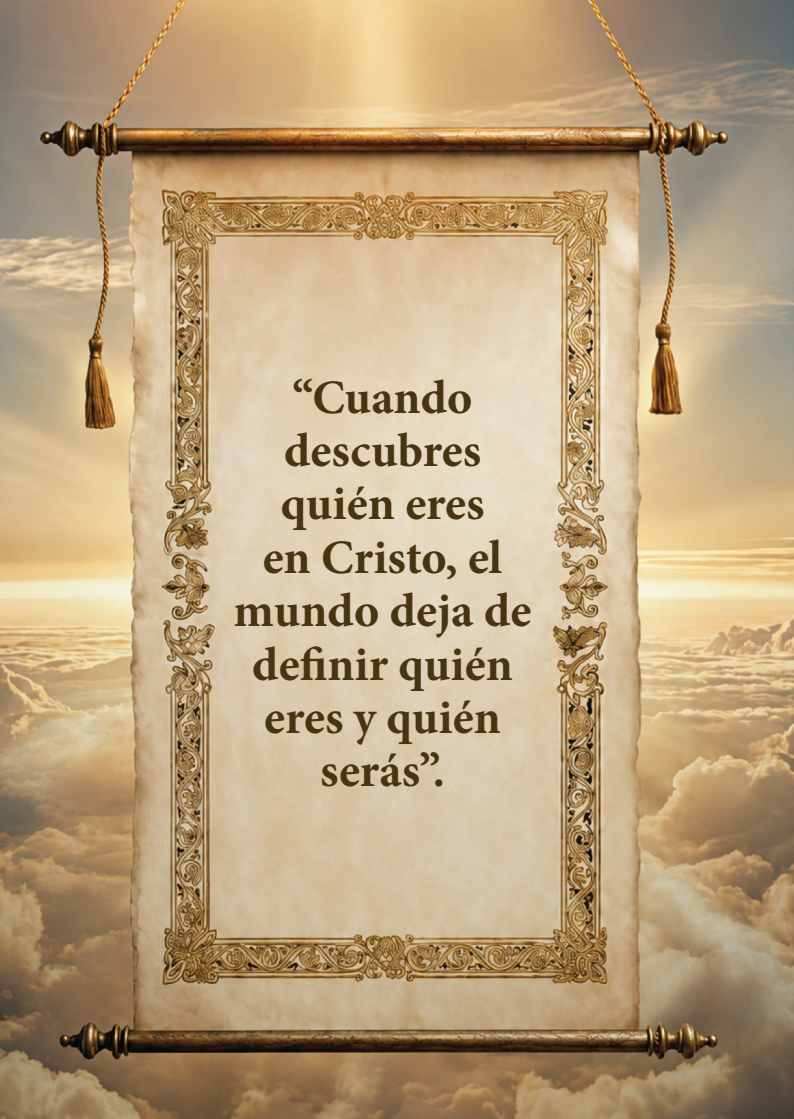
Por esa razón el creyente no puede seguir caminando igual después de entender quién es en Cristo. La identidad transforma decisiones, relaciones, prioridades y dirección. No porque exista obligación religiosa, sino porque la revelación interior empieza a producir fruto exterior.

Podemos ver una verdad muy importante: Nadie puede vivir plenamente su propósito mientras permanezca confundido acerca de su identidad. **El propósito** fluye desde saber quién eres. **El destino** se construye sobre esa verdad.

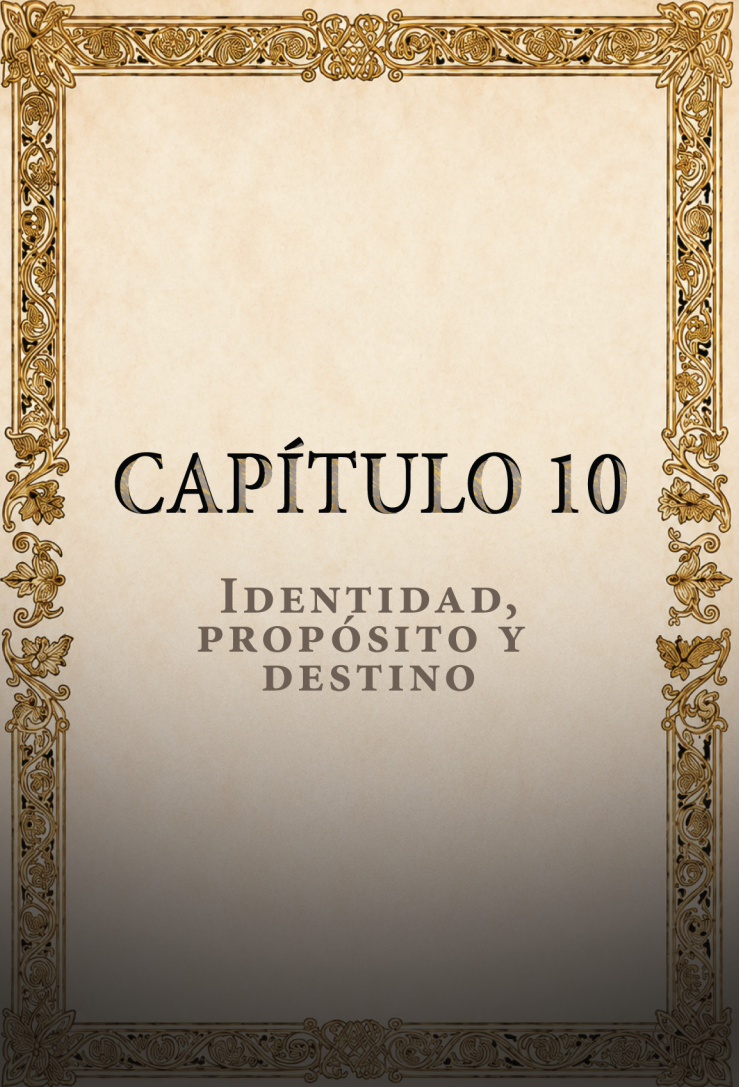
Por eso el enemigo pelea tanto por deformar la identidad de las personas. Sabe que un creyente que entiende quién es en Cristo deja de vivir dominado por temor, inseguridad o presión externa. Comienza a caminar con autoridad espiritual. No una autoridad basada en orgullo humano, sino en la **certeza de pertenecer a Dios.**

La identidad correcta produce **firmeza**. Produce **dirección**. Produce **convicción**. El creyente deja de ser movido por las corrientes del mundo y comienza a vivir guiado por la verdad de Dios. Porque quien conoce su identidad ya no necesita perderse intentando encontrar valor en lugares equivocados.

Y todo comienza en el mismo lugar: **Creer en el nombre de Jesús.**



**“Cuando
descubres
quién eres
en Cristo, el
mundo deja de
definir quién
eres y quién
serás”.**



CAPÍTULO 10

IDENTIDAD,
PROPÓSITO Y
DESTINO

**Antes que te formase en el
vientre te conocí, y antes que
nacieses te santifiqué, te di por
profeta a las naciones**

— Jeremías 1:5

**Cuando descubres quién eres, entiendes
para que naciste.**

Una de las tragedias más grandes del ser humano no es vivir sin dinero, reconocimiento o éxito. La verdadera tragedia consiste en atravesar la vida sin descubrir jamás para qué fue creado.

Hay personas que existen, pero no viven plenamente. Respiran, pero caminan vacías. Trabajan, avanzan y sobreviven, aunque dentro de sí sienten que algo falta. Y muchas veces ese vacío nace de una desconexión profunda con su verdadera identidad.

Muchas personas han crecido creyendo que son producto del azar, aunque la Escritura revela una verdad completamente distinta: **antes de que alguien respirara por primera vez, Dios ya conocía su existencia.**

El Señor le dijo a Jeremías que antes de formarlo en el vientre ya lo había conocido, apartado y diseñado para un propósito específico. Eso significa que **el cielo jamás improvisó tu vida.** Tu historia no comenzó el día de tu nacimiento; comenzó mucho antes, en el corazón de Dios.

Y aquí existe algo importante que debes entender: **Dios no solamente crea personas.** También diseña propósito y destino para ellas. Por eso identidad, propósito y destino siempre están conectados. Primero descubres quién eres. Después entiendes para qué existes. Finalmente

comienzas a caminar hacia el destino para el cual fuiste creado. El problema aparece cuando la identidad es deformada. Porque una persona confundida acerca de quién es terminará viviendo muy por debajo de aquello para lo cual **fue diseñada.**

Nadie puede **comprender su propósito** mientras desconozca quien es delante de Dios. El enemigo entiende perfectamente esta verdad, y por eso trabaja constantemente sembrando mentiras en la mente y el corazón de las personas.

Desde muy temprano intenta convencerlas de que no tienen valor, propósito ni futuro. A algunos les hace creer que nacieron para fracasar. A otros los encierra en culpa, vergüenza o rechazo. Incluso hay quienes pasan años creyendo que jamás podrán cambiar. Yo mismo viví atrapado en esa mentira durante mucho tiempo.

El enemigo me hizo pensar que mi destino era destrucción. Me convenció de que terminaría perdido entre adicciones, vacío y oscuridad. Poco a poco fui creyendo aquella falsa identidad. Y cuando una mentira se acepta repetidamente,

termina **moldeando la manera de vivir.**

Así terminé lejos de Dios, destruido emocionalmente, sin dirección y sin esperanza verdadera. Sin embargo, todo cambió el día que Jesús me mostró quién era realmente.

No fue solamente una emoción espiritual. Fue una revelación profunda. Comprendí que mi vida no había sido diseñada para destrucción, sino para reflejar la gloria de Dios. Algo comenzó a alinearse dentro de mí.

La identidad correcta empezó a transformar mis decisiones. Lo que antes parecía normal dejó de tener sentido. Mi manera de vivir cambió porque finalmente entendí a quién pertenecía.

Eso sucede cuando una persona descubre su identidad en Cristo. Deja de verse a sí misma desde las heridas del pasado y comienza a verse desde la perspectiva de Dios.

Ya no vive como esclava del pecado.

Ya no camina como alguien rechazado.

Ya no se comporta como huérfano espiritual.

Empieza a vivir como hijo de Dios. La Biblia

describe a los creyentes como linaje escogido, nación santa y real sacerdocio. Son palabras que hablan de **identidad espiritual**. Dios jamás llamó a sus hijos a vivir arrastrándose entre la confusión del mundo. Los llamó a reflejar el carácter del reino al que pertenecen.

Por esa razón la identidad afecta directamente la manera de comportarse. Quien entiende que es hijo de Dios comienza a caminar diferente. No porque intente aparentar espiritualidad, sino porque algo interno fue transformado. **La revelación de identidad** produce una nueva manera de vivir.

Algo fundamental en este sentido es que: **El propósito nace de la identidad**. Nadie puede descubrir plenamente para qué fue creado mientras continúe confundido acerca de quién es. Primero Dios restaura la identidad; después revela el propósito.

Jesús hizo exactamente eso con sus discípulos. Antes de enviarlos a transformar el mundo, les mostró quiénes eran en Él. Les enseñó a vivir como hijos del reino. Más adelante les entregó una misión clara: **ir y hacer discípulos**

entre las naciones, bautizando y enseñando a otros a caminar en obediencia a Dios. Observa cuidadosamente esto: **El propósito del creyente no consiste únicamente en sobrevivir espiritualmente.** Fuimos llamados a ayudar a otros a descubrir también su identidad en Cristo.

Por eso predicamos.

Por eso discipulamos.

Por eso servimos.

Cada vida restaurada representa una persona que dejó de creer las mentiras del enemigo y comenzó a caminar en la verdad de Dios. Nada transforma tanto como descubrir quién eres delante del Padre. Ahora bien, el enemigo jamás dejará de intentar deformar esa identidad. Sabe que un creyente seguro de quién es, se vuelve difícil de mover. Por eso constantemente intenta sembrar duda, comparación, condenación y desánimo. Sin embargo, el Señor busca hijos firmes, personas que permanezcan aferradas a su nombre aun en medio de la debilidad.

En el libro de Apocalipsis aparece una iglesia muy especial: **Filadelfia.** Aquel grupo

no destacaba por fuerza humana, influencia o poder visible. Aun así, Jesús les reconoció algo profundamente valioso: **habían guardado su palabra y no negaron su nombre.**

Qué poderosa declaración. Aunque tenían poca fuerza, permanecieron fieles. Eso revela algo importante: **la verdadera identidad** no depende de circunstancias externas. Descansa en **la fidelidad a Cristo.**

Hay personas que únicamente se sienten seguras mientras todo marcha bien. No obstante, la identidad genuina permanece firme incluso en temporadas difíciles. Porque no se sostiene sobre emociones cambiantes, sino sobre la verdad de Dios. **Esa verdad produce estabilidad.**

Cuando entiendes quién eres en Cristo, comienzas a vivir con dirección. Las decisiones cambian. Las prioridades cambian. El propósito comienza a tomar forma. El destino empieza a alinearse.

El destino no se construye accidentalmente. Se desarrolla a partir de una identidad correcta y un propósito entendido. Por eso el enemigo pelea

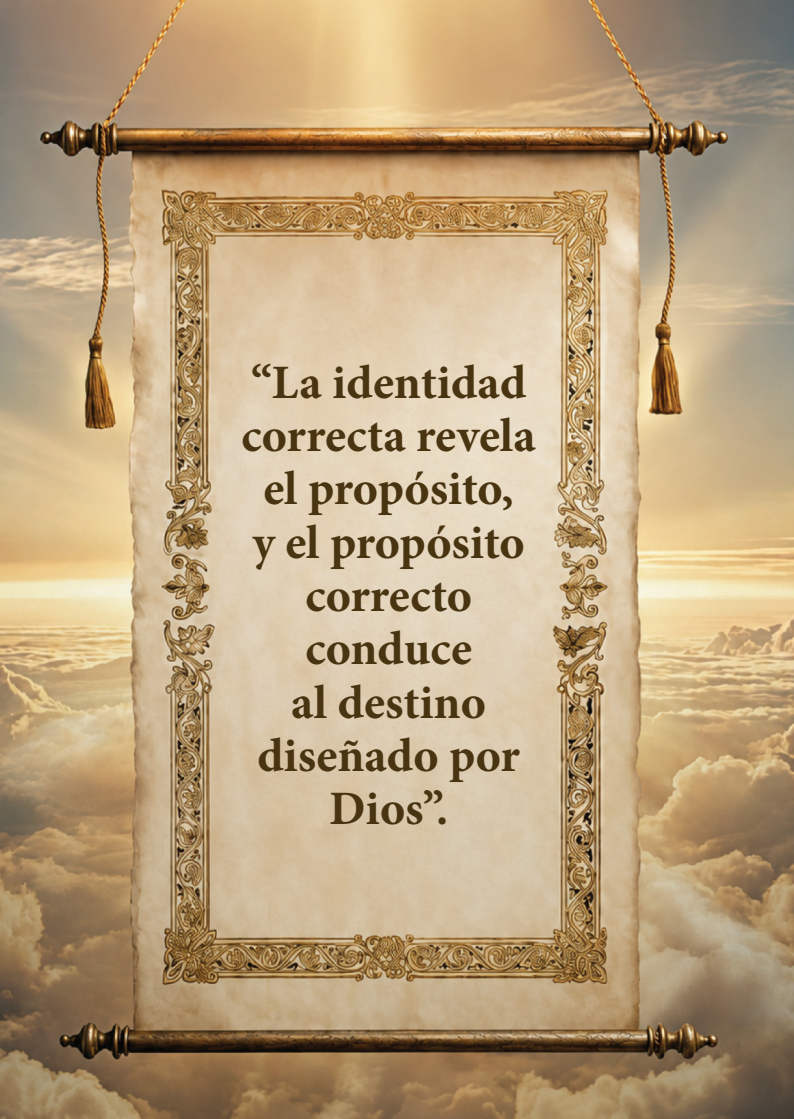
tanto contra la identidad. Sabe perfectamente que si logra deformarla, también afectará el propósito y desviará el destino.

Una identidad dañada produce vidas confundidas.

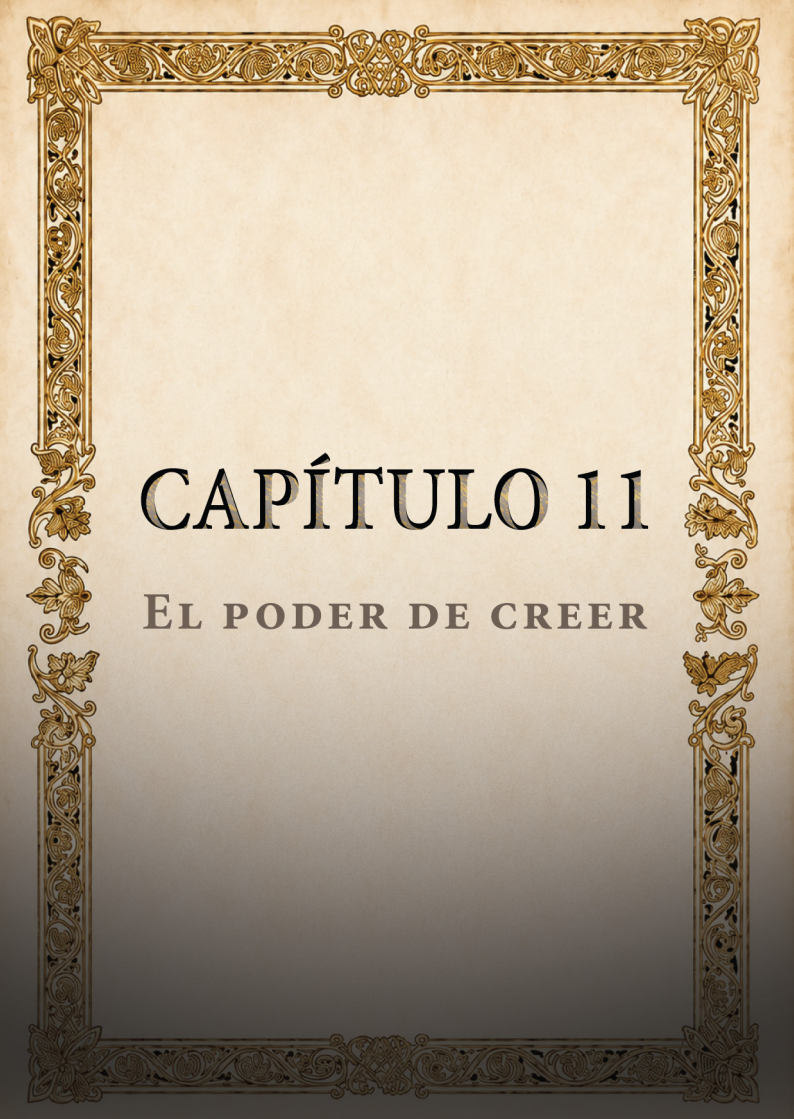
Una identidad restaurada produce personas con dirección.

Y todo comienza en el mismo lugar: **Recibir a Jesús.** Creer en su nombre. Permitir que Él revele quién eres realmente. Porque el día que descubres tu identidad en Dios, también comienzas a descubrir para qué naciste.

Si la identidad es deformada, el propósito no se cumple y el destino se pierde.

A scroll with a quote about identity and purpose, set against a sunset sky with clouds. The scroll is made of parchment and is held by a wooden frame with decorative tassels. The background is a warm, golden sunset sky with soft, white clouds.

**“La identidad
correcta revela
el propósito,
y el propósito
correcto
conduce
al destino
diseñado por
Dios”.**



CAPÍTULO 11

EL PODER DE CREER

²³ En aquel día no me
preguntaréis nada. De cierto, de
cierto os digo, que todo cuanto
pidiereis al Padre en mi nombre,
os lo dará. ²⁴ Hasta ahora nada
habéis pedido en mi nombre;
pedid, y recibiréis, para que
vuestro gozo sea cumplido.

— Juan 16:23-24

La fe verdadera mueve el corazón de Dios.

A lo largo de la vida, todos creemos en algo.
Hay quienes depositan su confianza en el dinero.
Otros dependen de personas, de títulos, de

oportunidades o de su propia capacidad.

El problema aparece cuando aquello en lo que el hombre confía comienza a derrumbarse. El corazón descubre algo que es muy doloroso, todo lo humano es limitado.

Las fuerzas se agotan.

Las personas fallan.

Las circunstancias cambian.

Los recursos terminan.

Justo en medio de esa realidad, Jesús habló acerca de una fe distinta. Una fe capaz de conectarnos con el poder del cielo.

Muchos creen intelectualmente en Dios, aunque viven sin experimentar el poder de esa fe en su vida diaria. La verdadera fe va más allá de una idea religiosa; implica confianza, dependencia y convicción profunda acerca de quién es Jesús y **de la autoridad de su nombre.**

Por esa razón Cristo habló repetidamente acerca de creer. Antes de ir a la cruz, Jesús les dijo a sus discípulos que llegaría el día en que podrían acercarse directamente al Padre y pedir

en su nombre. Aquellas palabras revelaban una nueva dimensión de relación y autoridad espiritual. **“Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, Él lo dará”**

Observa cuidadosamente esto: **Jesús no estaba enseñando una fórmula mágica para obtener caprichos humanos.** Estaba revelando el acceso que ahora existiría para quienes creen verdaderamente en Él.

La fe abre el acceso. Ese acceso fue comprado por Cristo. Antes, el ser humano vivía separado de Dios por causa del pecado. Existía distancia espiritual. Sin embargo, mediante la cruz, Jesús abrió el camino hacia el Padre. Ahora el creyente puede acercarse confiadamente delante de Dios, no apoyado en méritos humanos, sino en **el nombre de Jesús.** Esto transforma completamente la manera de orar.

La oración deja de ser un acto religioso vacío y se convierte en una relación viva con el Padre. Ya no hablamos al aire. Nos acercamos respaldados por el nombre del Hijo. Y aquí aparece algo importante: **el poder no está solamente en pedir, sino en creer correctamente.**

Porque muchas personas oran llenas de duda, temor o incredulidad. Sus labios dicen una cosa, aunque su corazón espera otra completamente diferente. Jesús enseñó que la fe genuina nace desde el interior. Creer implica confiar aun antes de ver resultados.

Creer cuando todavía no ves.

Caminar cuando aún no entiendes completamente.

Permanecer firme aun cuando el miedo intenta dominar.

La Biblia declara que la fe es la certeza de aquello que se espera y la convicción de lo que todavía no se ve. Eso significa que la fe no depende únicamente de circunstancias visibles. Descansa sobre la confianza en el carácter de Dios.

A lo largo del camino he entendido algo importante: **el enemigo pelea constantemente contra la fe de los creyentes.**

No resulta casualidad. Satanás sabe que una persona que cree verdaderamente en Jesús se

convierte en un instrumento peligroso para el reino de las tinieblas. Por eso intenta sembrar desánimo, miedo, duda y cansancio espiritual.

La Escritura describe al enemigo como alguien que busca robar, matar y destruir. Su objetivo siempre será atacar aquello que **Dios desea restaurar**.

Quiere destruir matrimonios.

Quiere dividir familias.

Quiere apagar vidas.

Quiere deformar corazones.

No obstante, allí aparece el poder **del nombre de Jesús**. Porque mientras el enemigo intenta destruir, Dios sigue levantando personas que creen. Personas que oran en **el nombre de Jesús**. Personas que llevan esperanza donde parecía no haber salida.

Cuando el cielo comienza a restaurar lo que estaba roto, el enemigo reacciona. Porque sabe que una persona que cree verdaderamente en Jesús se convierte en **una amenaza para las tinieblas**.

Se incomoda.

Se opone.

Intenta intimidar.

Por eso todo creyente que decide servir verdaderamente a Jesús enfrentará batalla espiritual en algún momento. No porque Dios lo haya abandonado, sino precisamente porque ahora está avanzando en dirección contraria a las tinieblas.

Recuerdo temporadas donde las batallas parecían demasiado grandes. Había momentos en los que humanamente todo indicaba derrota. Problemas, ataques espirituales, cansancio y oposición aparecían continuamente. En ese momento el enemigo intentaba sembrar pensamientos de rendición.

Jesús jamás prometió ausencia de lucha. Lo que sí prometió fue su presencia y autoridad en medio de ella. Aquí muchos se equivocan. Piensan que la batalla significa fracaso espiritual, cuando en realidad muchas veces representa evidencia de que el reino de Dios está avanzando. Cada vez que una vida es restaurada, el enemigo

pierde terreno. Cada vez que una familia sana, el reino de las tinieblas retrocede. **Creer se vuelve muy importante.**

La fe sostiene al creyente aun en medio de la oposición. No se trata de negar la realidad. Se trata de entender que existe una autoridad mayor que cualquier circunstancia visible.

Quien cree comienza a orar diferente. Comienza a caminar diferente. Enfrenta la vida desde otra perspectiva. Ya no depende únicamente de sus fuerzas humanas. Ahora entiende que **el nombre de Jesús** tiene autoridad sobre aquello que parecía imposible.

Ahora bien, también es necesario comprender que pedir en **el nombre de Jesús** implica alinearse con su voluntad. La fe no consiste en usar a Dios para cumplir deseos egoístas. La verdadera oración nace desde una relación con el Padre.

Mientras más cerca está una persona de Dios, más comienza su corazón a alinearse con aquello que el cielo desea. Entonces las peticiones cambian. Ya no se busca solamente beneficio

personal.

Se busca el propósito de Dios.

La restauración de vidas.

La expansión del reino.

La transformación del corazón humano.

Y ahí aparece un gozo diferente.

Jesús dijo que pidieran para que su gozo fuera completo. No hablaba únicamente de felicidad pasajera, sino de la alegría profunda que nace al ver la mano de Dios obrando.

La Biblia está llena de ejemplos de personas que tocaron el corazón de Dios mediante la fe. Bartimeo creyó aun cuando otros querían callarlo. La mujer del flujo de sangre creyó aun después de años de sufrimiento. El centurión creyó en la autoridad de la palabra de Jesús sin necesidad de verlo físicamente. Todos tenían algo en común: **decidieron creer más en Cristo que en sus circunstancias.** Y eso sigue siendo necesario hoy.

No existe satisfacción comparable a mirar una vida restaurada por Cristo. Ver matrimonios

levantarse, corazones sanar y personas descubrir su identidad en Dios recuerda constantemente que el evangelio sigue teniendo poder. **Todo comienza creyendo.**

Creer que Jesús sigue salvando.

Creer que sigue restaurando.

Creer que su nombre continúa teniendo autoridad.

Creer que el cielo todavía responde.

Porque la fe no mueve únicamente emociones. La fe mueve al creyente a permanecer confiando en Dios aun en medio de la batalla. Quien aprende a creer correctamente descubre algo extraordinario:

El nombre de Jesús sigue siendo suficiente.

Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, lo hará. El poder está en creer y pedir correctamente.



**“La fe abre
puertas que la
lógica humana
jamás podrá
atravesar”.**



CAPÍTULO 12

LA BATALLA
ESPIRITUAL

Porque no tenemos lucha
contra sangre y carne, sino contra
principados, contra potestades,
contra los gobernadores de las
tinieblas de este siglo, contra
huestes espirituales de maldad en
las regiones celestes.

— Efesios 6:12

La guerra invisible detrás de muchas luchas
visibles.

Hay batallas en la vida que no pueden
explicarse únicamente desde lo natural.
Existen momentos donde el cansancio parece

más profundo que el físico. Situaciones en las que una familia comienza a dividirse sin razón aparente. Pensamientos de destrucción que llegan inesperadamente. Ataques constantes contra la paz, la fe o el propósito de una persona.

Una de las mayores estrategias del enemigo consiste en hacer que las personas ignoren la existencia de la batalla espiritual. Mientras el ser humano piensa que todo ocurre únicamente en el plano natural, **deja de discernir** aquello que sucede detrás de lo visible.

La Biblia revela claramente que la lucha del creyente no se limita a circunstancias humanas. Existe una realidad espiritual operando constantemente alrededor de nosotros.

El apóstol Pablo escribió que nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, potestades y fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestes. Aquellas palabras no fueron escritas para producir temor, sino entendimiento.

El creyente necesita comprender que existe **una guerra espiritual real**. Eso explica muchas

cosas. Explica por qué el enemigo pelea tanto contra los matrimonios. Por qué intenta destruir familias. Explica por qué ataca la identidad, la fe y el propósito de las personas.

Satanás sabe perfectamente el daño que produce una vida apartada de Dios. Por esa razón trabaja constantemente sembrando división, mentira, adicción, condenación y destrucción. Sin embargo, aquí aparece una verdad fundamental: el creyente jamás fue llamado a enfrentar esa batalla en sus propias fuerzas. Porque si la lucha dependiera únicamente de capacidad humana, ninguno podría resistir.

El enemigo existe desde antes que nosotros. La Escritura muestra que fue creado con gran hermosura y capacidad. Tiene experiencia destruyendo, engañando y desviando vidas. Cara a cara, dependiendo solamente de nosotros mismos, jamás podríamos vencerlo.

Reconocer eso no representa debilidad. Representa realidad espiritual. Por esa razón tantas personas terminan agotadas. Intentan pelear batallas espirituales usando únicamente herramientas humanas. Confían solamente

en emociones, disciplina personal o fuerza de voluntad. Aunque esas cosas pueden ayudar temporalmente, **ninguna tiene autoridad suficiente para derrotar las tinieblas.**

Muchos imaginan la guerra espiritual solamente como manifestaciones visibles o experiencias extraordinarias. Aunque gran parte de esta batalla ocurre diariamente en áreas mucho más profundas y silenciosas.

La mente.

Las emociones.

La fe.

La identidad.

La obediencia.

El evangelio cambia completamente este panorama. **Jesús ya venció.** No se trata de una victoria futura. La cruz ya definió el resultado de la batalla. Cristo derrotó al enemigo, exhibió públicamente su derrota y arrebató su autoridad. La resurrección confirmó que las tinieblas jamás podrían sostenerse delante del poder del Hijo de Dios.

Esta verdad transforma la posición del creyente. Ya no luchamos buscando desesperadamente una victoria incierta. Peleamos desde **la victoria obtenida por Cristo**.

Eso no significa ausencia de ataques. El enemigo continúa intentando destruir. Sigue buscando oportunidades para robar, matar y destruir. Continuará intentando atacar hogares, pensamientos, emociones y propósito. La diferencia es que ahora existe cobertura bajo **el nombre de Jesús**.

A lo largo del camino he entendido algo importante: **todo creyente que verdaderamente decide servir al Señor enfrentará oposición espiritual en algún momento**.

No porque Dios lo haya abandonado. No porque esté haciendo algo incorrecto. Muchas veces ocurre precisamente porque comenzó a avanzar en el reino.

Mientras una persona vive lejos de Dios, frecuentemente pasa desapercibida espiritualmente. No representa amenaza para las tinieblas. Sin embargo, cuando alguien comienza

a restaurar vidas, predicar el evangelio, sanar familias o levantar a otros en **el nombre de Jesús**, inmediatamente entra en confrontación con aquello que el enemigo quiere destruir.

Por eso algunos creyentes se sorprenden cuando aparecen luchas después de acercarse más a Dios. Esperaban una vida completamente libre de conflicto, aunque el reino nunca fue presentado así.

Jesús mismo enseñó que en el mundo habría aflicción. Aun así, también declaró algo poderoso: “Confíen, porque yo he vencido al mundo”.

Ahí descansa nuestra seguridad.

No en nuestra fuerza.

No en nuestra experiencia.

No en nuestras capacidades.

La seguridad del creyente está en Cristo.

Recuerdo muchas ocasiones en las que el enemigo intentó traer ataque contra mi vida, mi familia y aquello que Dios estaba construyendo. Externamente podían verse problemas, oposición o desgaste. No obstante, en medio de todo eso

había una convicción firme dentro de nosotros: **permanecíamos debajo del nombre de Jesús.** Esto cambia completamente la perspectiva de la batalla.

Entiendes que el enemigo no está enfrentando solamente a un hombre. Está encontrándose con la autoridad de Cristo respaldando a sus hijos. Porque Jesús no solamente habló de la existencia del enemigo; también declaró su victoria sobre él.

Imagina por un momento a alguien intentando atacar a un hijo mientras el Padre mismo está presente cubriéndolo. La seguridad no proviene de la capacidad del hijo, sino de quién lo protege. **Así ocurre espiritualmente.**

El creyente que permanece debajo del nombre entiende que jamás pelea solo. Jesús ya venció aquello que intentaba destruirlo. Por lo tanto, la perspectiva de la batalla que estamos librando o que pudiéramos enfrentar debe ser diferente, ya que **satanás ya fue vencido por Cristo.**

Por esa razón el enemigo intenta constantemente sacar al creyente de esa

cobertura. Quiere llevarlo hacia el orgullo, el temor, el pecado, la autosuficiencia o desánimo. Sabe perfectamente que mientras una persona permanezca alineada con Cristo, existe respaldo espiritual sobre su vida.

Ahora bien, esto tampoco significa vivir obsesionado con las tinieblas. Algunos creyentes terminan enfocándose más en el enemigo que en Jesús. Hablan más del diablo que del Salvador. **Viven dominados por miedo espiritual.** Ese nunca fue el diseño de Dios.

La Biblia no fue escrita para producir terror, sino confianza en la victoria de Cristo. El centro del evangelio jamás es Satanás; el centro siempre será Jesús. Por eso el creyente **no enfrenta** la batalla desde **paranoia espiritual**, sino desde **autoridad y dependencia de Dios.**

La armadura espiritual descrita en Efesios revela precisamente eso. Pablo habla de verdad, justicia, fe, salvación y la Palabra de Dios. Todo apunta hacia permanecer firmes en Cristo.

El verdadero poder no está en el hombre. El verdadero poder permanece en Jesús. Y quien

permanece debajo de su nombre puede caminar con confianza aun en medio de la batalla.

No porque el enemigo haya dejado de existir. Sino porque Cristo ya lo venció.

No ignoramos que existe una batalla espiritual. La Biblia es clara al respecto. Aunque tampoco vivimos obsesionados con las tinieblas.

No luchamos contra carne ni sangre, sino contra fuerzas espirituales.

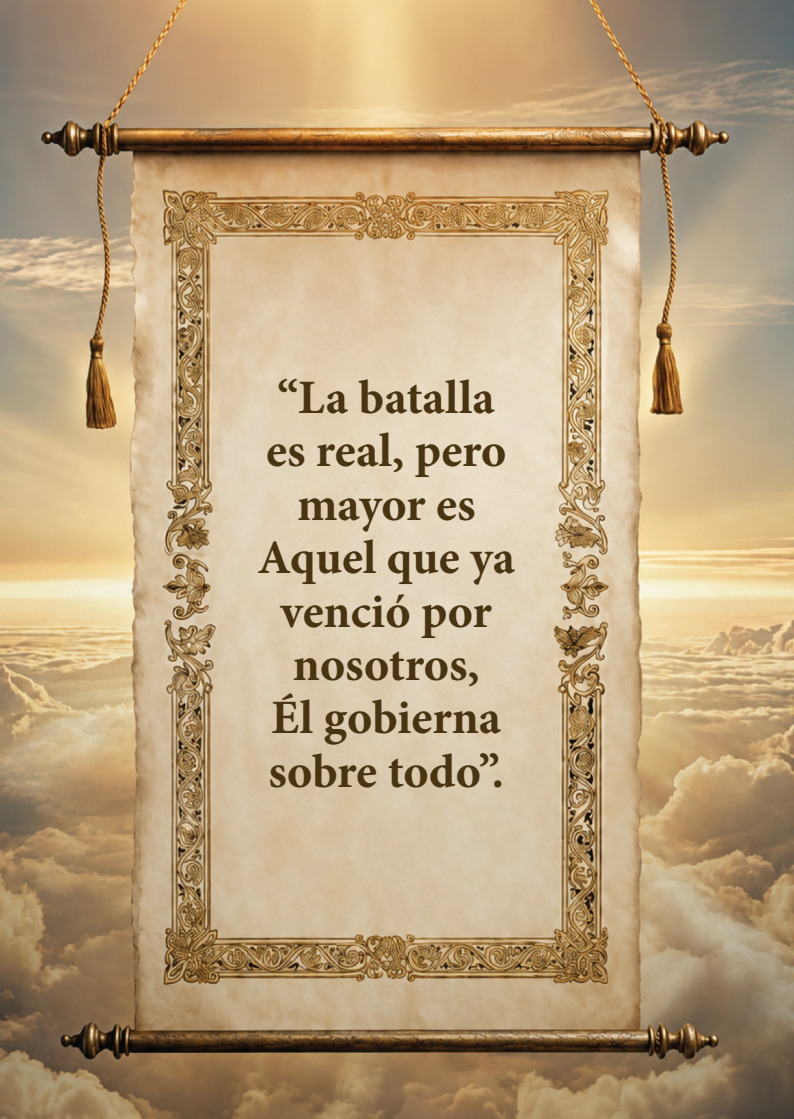
Jesús ya venció.

Jesús ya venció.

Jesús ya triunfó.

Jesús sigue teniendo toda autoridad.

La iglesia no camina aterrorizada; camina firme debajo del nombre.

A scroll with a quote about the battle of life. The scroll is made of parchment and is held by two wooden rods with decorative finials. It is decorated with a gold-colored border and tassels. The background is a sky with clouds.

**“La batalla
es real, pero
mayor es
Aquel que ya
venció por
nosotros,
Él gobierna
sobre todo”.**



CAPÍTULO 13

TRES TIPOS DE
PERSONAS ANTE JESÚS

⁴⁶ Entonces vinieron a Jericó;
y al salir de Jericó él y sus
discípulos y una gran multitud,
Bartimeo el ciego, hijo de Timeo,
estaba sentado junto al camino
mendigando. ⁴⁷ Y oyendo que
era Jesús nazareno, comenzó a
dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo
de David, ten misericordia de mí!
⁴⁸ Y muchos le reprendían para
que callase, pero él clamaba
mucho más: ¡Hijo de David, ten
misericordia de mí! ⁴⁹ Entonces
Jesús, deteniéndose, mandó
llamarle; y llamaron al ciego,

diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. ⁵⁰ Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. ⁵¹ Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. ⁵² Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.

— Marcos 10:46-52

La manera en que respondemos determina lo que recibimos.

Cada vez que Jesús llegaba a un lugar, algo ocurría. Su presencia jamás pasaba desapercibida. Las multitudes corrían para verlo. Algunos buscaban un milagro, otros tenían curiosidad y muchos simplemente querían escuchar sus palabras. Había algo en Él que confrontaba corazones, despertaba fe y al mismo tiempo revelaba lo que realmente existía dentro de cada persona.

Algunos eran transformados profundamente. Otros permanecían indiferentes. Incluso había quienes, aun teniendo al Mesías frente a sus ojos, terminaban rechazándolo. **Su presencia siempre produce una reacción.**

Lo sorprendente no era únicamente lo que Jesús hacía, sino la manera tan distinta en que las personas respondían a Él. Aunque las épocas cambian, el corazón humano sigue respondiendo de maneras muy parecidas.

La misma presencia.

El mismo mensaje.

El mismo poder.

Resultados completamente diferentes. Eso continúa ocurriendo hoy. El corazón humano sigue reaccionando de distintas maneras delante de Jesús.

Muchos se acercan con hambre espiritual. Otros observan desde la distancia sin involucrarse realmente. También existen quienes viven cuestionándolo todo, aunque sin permitir jamás que **Dios transforme sus vidas.**

A lo largo de los evangelios pueden verse constantemente tres tipos de personas frente a Cristo.

Los hambrientos.

Los incrédulos.

Y los religiosos endurecidos.

Cada grupo reaccionaba diferente... y cada uno recibía resultados distintos.

El relato de Bartimeo revela una de las respuestas más poderosas que puede tener una persona delante de Cristo.

Aquel hombre estaba sentado junto al camino mendigando. Su condición parecía definida por limitación, oscuridad y dependencia. Sin embargo, dentro de él todavía existía algo que muchos habían perdido: **hambre y fe.**

En cuanto escuchó que Jesús pasaba cerca, comenzó a clamar desesperadamente.

No tenía posición social.

No tenía influencia.

Ni siquiera podía ver.

Aun así, entendió algo que muchos alrededor no lograban comprender: **aquella podía ser su oportunidad para encontrarse con el Salvador.**

Entonces empezó a gritar: “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”. La multitud intentó callarlo. Probablemente pensaban que era molesto, exagerado o indigno de acercarse al Maestro. Con todo y eso, Bartimeo no permitió que las voces externas **apagaran su fe.**

Mientras más lo callaban, más fuerte clamaba. Ahí aparece el primer tipo de persona delante de Jesús: **los hambrientos y sedientos.**

Son aquellos que reconocen su necesidad espiritual. Personas que no se conforman únicamente con escuchar acerca de Dios, sino que anhelan verdaderamente tocar su presencia. No les preocupa tanto la opinión de otros; **su prioridad es acercarse a Cristo.**

Ese tipo de personas arrebató el milagro. No porque obliguen a Dios a actuar, sino porque poseen un corazón dispuesto, sensible y abierto a recibir. Jesús mismo enseñó que quienes tienen **hambre y sed espiritual** serán

saciados. Jesús siempre responde a corazones sinceramente hambrientos. Ésos son los que realmente reciben, los que llegan desesperados por su presencia.

Bartimeo recibió mucho más que una sanidad física. Recuperó dirección, propósito y una nueva vida. El relato muestra que después del milagro comenzó a seguir a Jesús en el camino. Eso siempre sucede con quien realmente tiene un encuentro con Cristo: **deja de permanecer sentado junto al camino y comienza a caminar detrás del Señor.**

Ahora bien, no todos reaccionaban así. Había otro grupo completamente diferente: **los incrédulos.**

La Biblia muestra que, cuando Jesús estuvo en Nazaret, muchos no pudieron recibir lo que Dios quería hacer porque miraban a Jesús únicamente desde lo natural.

Decían:

¿No es este el hijo del carpintero?

¿No creció entre nosotros?

La familiaridad les robó la revelación. Tenían al Salvador delante de ellos, aunque sus corazones permanecían cerrados por incredulidad. Veían milagros, escuchaban enseñanza y aun así continuaban dudando. **La incredulidad** tiene esa capacidad: mantiene a las personas observando desde lejos aquello que otros sí experimentan.

Pueden mirar transformación en otros.

Pueden escuchar testimonios.

Pueden ver la mano de Dios obrando.

Aun así, permanecen inmóviles porque internamente decidieron no creer. La incredulidad cerró aquello que la fe podía haber abierto. El problema nunca ha sido la falta de poder en Jesús. Muchas veces el problema es un corazón cerrado.

La incredulidad no siempre se expresa abiertamente. Algunas veces aparece disfrazada de indiferencia. Otras veces se esconde detrás de razonamientos humanos. Incluso puede presentarse como **aparente madurez**, mientras internamente existe resistencia a confiar verdaderamente en Dios.

Por otra parte, existía un tercer grupo: **los fariseos y saduceos**. Ellos no solo dudaban; constantemente cuestionaban, criticaban y resistían aquello que Jesús hacía. Mientras otros eran transformados, ellos permanecían analizando, juzgando y buscando errores.

Su problema no era falta de conocimiento bíblico. Conocían las Escrituras. El verdadero problema estaba **en el orgullo del corazón**. Querían evaluar a Jesús sin rendirse delante de Él. Ese continúa siendo uno de los mayores peligros espirituales.

Una persona puede escuchar mensajes, conocer versículos e incluso participar en ambientes cristianos, mientras su corazón sigue endurecido. Puede acostumbrarse tanto a hablar de Dios que deja de experimentar verdaderamente **su presencia**.

La religión sin humildad puede volver ciego espiritualmente al hombre. Los fariseos estaban cerca físicamente de Jesús, aunque espiritualmente permanecían lejos. Eso revela una verdad importante: No basta con estar cerca de lo espiritual. Es necesario tener

un corazón dispuesto. Porque Jesús jamás respondió únicamente a multitudes. **Respondía a corazones.**

Bartimeo recibió porque reconoció su necesidad.

Los incrédulos permanecieron observando porque decidieron no creer.

Los religiosos quedaron atrapados en orgullo y juicio.

Ahora la pregunta deja de ser histórica y se vuelve personal: **¿Qué tipo de persona eres delante de Jesús?**

Porque todavía hoy existen quienes se acercan con hambre genuina y son transformados. También permanecen aquellos que observan todo desde la distancia sin comprometer realmente su corazón. Del mismo modo, siguen existiendo personas que analizan, critican y cuestionan, aunque sin rendirse verdaderamente delante de Dios.

Jesús todavía se detiene delante de quienes claman sinceramente.

Todavía restaura ojos espirituales.

Todavía transforma vidas.

Todavía responde a quienes lo buscan con fe.

La presencia de Jesús continúa produciendo respuestas distintas. Y aquello que recibimos muchas veces está profundamente relacionado con la condición de nuestro corazón.

Bartimeo entendió algo que cambió su vida para siempre: **No podía dejar pasar la oportunidad de acercarse a Jesús.**

Por eso gritó.

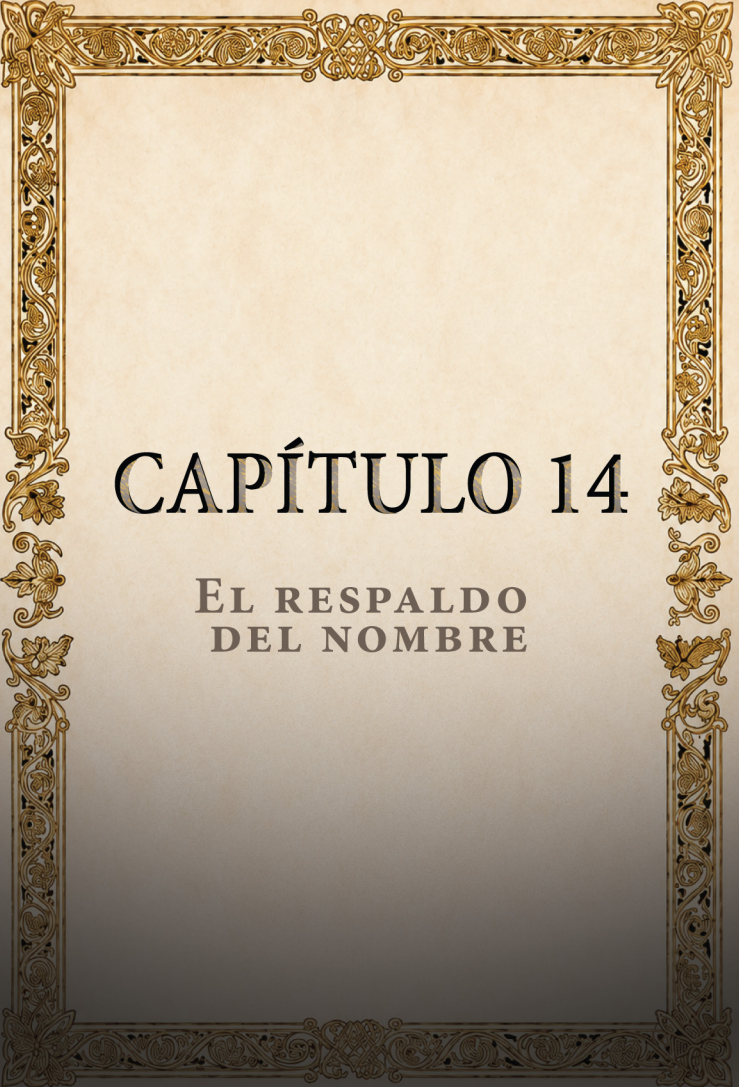
Por eso insistió.

Por eso no permitió que las voces externas apagarán su fe.

Quien tiene hambre verdadera de Dios siempre termina encontrando más de Él.

A scroll with a quote about Jesus hanging from a golden rod against a sunset sky. The scroll is held by a thick, ornate golden rod with decorative finials at each end. Two golden tassels hang from the sides of the scroll. The background is a dramatic sky at sunset or sunrise, with soft, golden light and wispy clouds. The scroll itself is a light cream color with a decorative, ornate golden border. The text is written in a bold, black, serif font.

**“Jesús
siempre
ha sido
suficiente.
La diferencia
no está en
Él, sino en el
corazón que
se atreve a
responder”.**



CAPÍTULO 14

EL RESPALDO
DEL NOMBRE

Mas Pedro dijo: No tengo plata
ni oro, pero lo que tengo te doy;
en el nombre de Jesucristo de
Nazaret, levántate y anda.

— Hechos 3:6

**Cuando el cielo confirma aquello que se
hace en el nombre de Jesús**

El libro de los Hechos muestra lo que ocurre cuando hombres comunes comienzan a caminar bajo la autoridad extraordinaria de Jesús. Después de la resurrección, los discípulos dejaron de ser aquellos hombres temerosos que antes se escondían.

Algo había cambiado profundamente dentro de ellos. No se trataba simplemente de ánimo emocional. Tampoco fue un cambio psicológico pasajero. Ahora entendían el poder del nombre que les había sido entregado.

No caminaban apoyados en fama, riqueza o influencia humana. Caminaban respaldados por **el nombre de Jesús. Ese respaldo transformaba vidas.** Cuando comprendes verdaderamente esto, la manera de caminar cambia completamente.

La Escritura relata que Pedro y Juan se dirigían al templo a la hora de la oración. Mientras avanzaban, encontraron a un hombre que había permanecido parálítico desde nacimiento. Su vida entera había transcurrido limitada por la dependencia y la necesidad. Cada día era colocado junto a la entrada del templo para pedir limosna a quienes pasaban.

Aquella escena refleja mucho más que una necesidad física. Representa la condición de muchas personas que sobreviven esperando una pequeña ayuda humana mientras desconocen que Dios desea hacer algo mucho **más profundo**

en sus vidas.

Aquel hombre esperaba monedas. El cielo estaba preparado para darle restauración. Entonces ocurrió algo extraordinario. Pedro fijó la mirada en él y pronunció unas palabras que revelan una de las verdades más poderosas del evangelio: **No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy.** Qué impresionante declaración.

Pedro reconocía que no poseía riquezas materiales para ofrecer. No tenía recursos humanos capaces de solucionar aquella condición. Sin embargo, entendía que cargaba algo mucho más valioso: **la autoridad del nombre de Jesús.** Es suficiente.

Muchas veces el mundo mide el poder desde lo visible: dinero, influencia, títulos o capacidad humana. El Reino de Dios funciona diferente. El verdadero poder espiritual no depende de recursos terrenales, **sino del respaldo del cielo.**

Pedro sabía perfectamente lo que tenía. No hablaba desde arrogancia personal. Tampoco intentaba impresionar a nadie. Simplemente entendía que Jesús había delegado autoridad a

su iglesia para actuar en su nombre.

Entonces dijo: “En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”. Observa cuidadosamente esto:

Pedro no dijo “en mi poder”.

No dijo “en mi capacidad”.

No dijo “porque yo puedo hacerlo”.

Todo apuntaba hacia Jesús. Justamente ahí se encuentra el secreto del respaldo espiritual. Fue lo que transformó la situación de aquel paralítico. El cielo respalda aquello que verdaderamente se hace **en el nombre de Cristo**. En ese instante el hombre fue levantado. Sus pies cobraron fuerza y comenzó a caminar. Lo que había permanecido limitado durante años fue transformado en un momento por **el poder del nombre de Jesús**.

El que antes mendigaba ahora adoraba.

El que antes dependía de limosnas ahora caminaba libremente.

El que estaba limitado ahora experimentaba restauración.

Eso revela algo importante: **El nombre de Jesús no representa solamente una expresión religiosa.** Existe autoridad real en Él. A lo largo de los evangelios y el libro de los Hechos vemos continuamente cómo **el nombre de Jesús** trae libertad, restauración y transformación.

Demonios retroceden. Enfermos son sanados. Vidas son restauradas. Corazones son transformados. No porque existiera poder especial en los hombres, sino porque Jesús respaldaba aquello que se hacía bajo su autoridad. Y eso continúa siendo verdad hoy. El poder jamás ha estado en el instrumento.

El poder sigue estando en Cristo. Por esa razón resulta tan importante permanecer debajo del nombre. Cuando el hombre intenta apropiarse de la gloria, pierde el respaldo correcto. En cambio, cuando todo apunta hacia Jesús, el cielo sigue obrando.

Hay personas que buscan métodos humanos para producir cambios espirituales. Confían únicamente en estrategias, emociones o recursos externos. Aunque algunas cosas puedan ayudar temporalmente, ninguna tiene autoridad

suficiente **para transformar** profundamente el corazón humano. **Solo Jesús puede hacerlo.**

Pedro entendió eso perfectamente. Por esa razón no intentó impresionar al paralítico con promesas vacías. Le entregó aquello que verdaderamente tenía: **el nombre de Jesús.** Eso bastó.

Esto es una enseñanza poderosa para nosotros. Quizá no siempre tendrás recursos abundantes. Tal vez no poseas reconocimiento, plataformas o influencia humana. Aun así, si permaneces unido a Cristo, cargas algo mucho más grande que cualquier riqueza terrenal: **el respaldo del cielo.**

Si una persona vive alineada con Jesús, el nombre comienza a respaldar su caminar. Eso no significa que el creyente controle a Dios ni use el nombre como una fórmula mágica. **El respaldo espiritual nace de la relación, obediencia y dependencia del Señor.**

Los discípulos entendían eso. No buscaban protagonismo personal. Vivían para exaltar a Cristo. Mientras permanecían debajo del

Nombre, Dios seguía manifestando su poder. **En esto radica el secreto del Reino.**

El libro de los Hechos no es simplemente la historia de hombres extraordinarios. Es la evidencia de lo que ocurre cuando personas comunes deciden rendirse completamente al Señor y **caminar bajo la autoridad de Jesús.**

Esa misma autoridad sigue disponible para la iglesia hoy.

El nombre continúa teniendo poder.

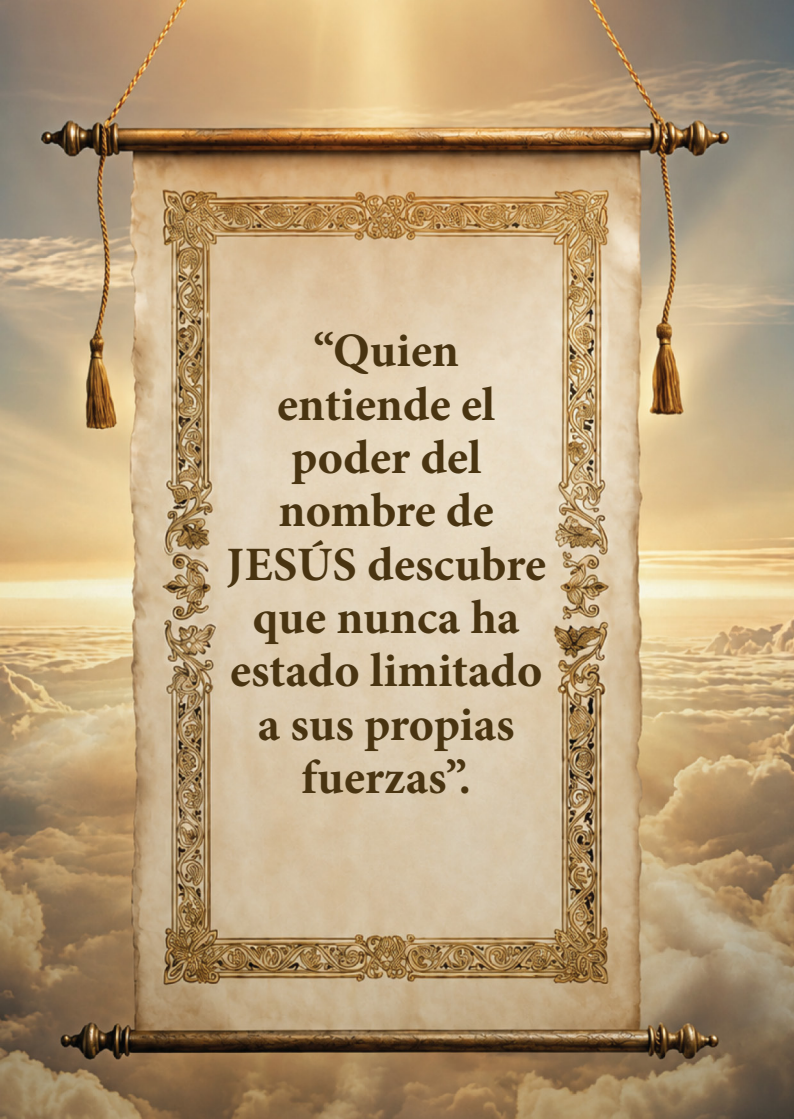
El cielo continúa respaldando a Cristo.

Jesús sigue transformando vidas.

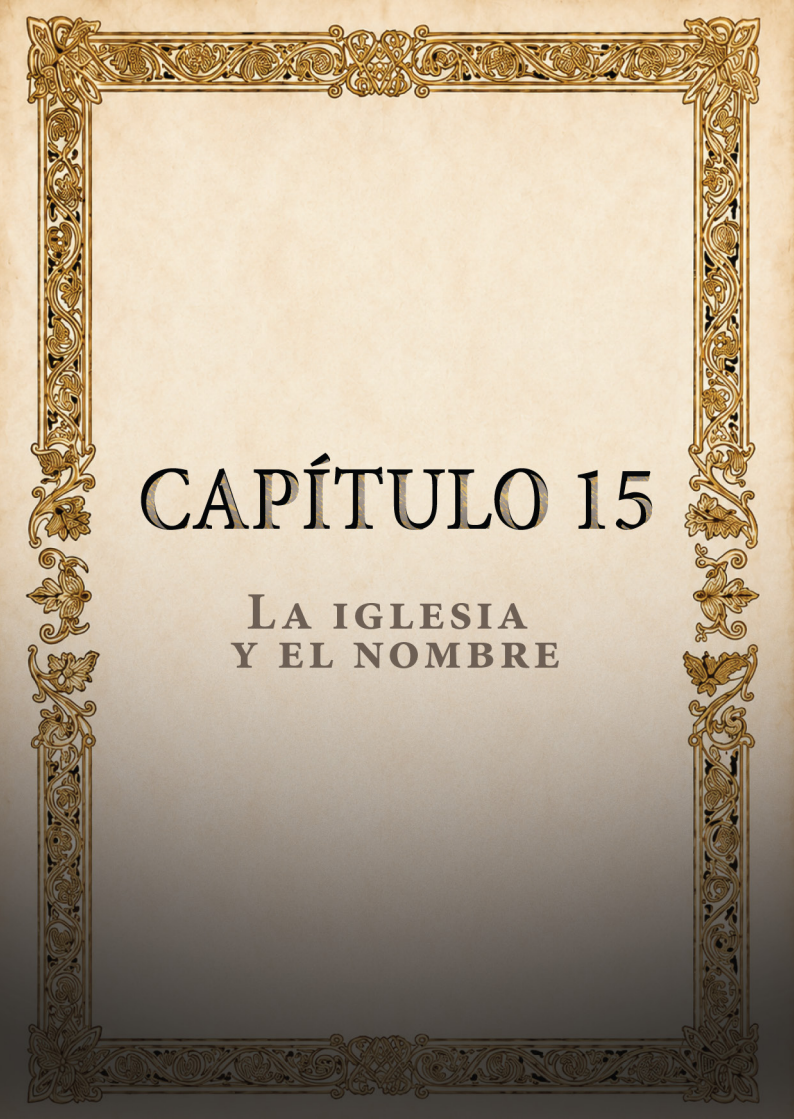
Por eso nunca subestimes lo que puede suceder cuando alguien verdaderamente entiende lo que carga cuando se somete a la autoridad **del nombre de Jesús.**

No somos la fuente. Somos instrumentos. El poder sigue perteneciendo a Jesús.

Pedro dijo: “No tengo plata ni oro...” Aunque en realidad poseía algo infinitamente mayor. **Estaban operando debajo del NOMBRE.**



**“Quien
entiende el
poder del
nombre de
JESÚS descubre
que nunca ha
estado limitado
a sus propias
fuerzas”.**



CAPÍTULO 15

LA IGLESIA
Y EL NOMBRE

**Yo conozco tus obras; he aquí,
he puesto delante de ti una puerta
abierta, la cual nadie puede cerrar;
porque aunque tienes poca fuerza,
has guardado mi palabra, y no has
negado mi nombre.**

— Apocalipsis 3:8

Una iglesia que permanece fiel a Jesús

A lo largo de la historia, muchas cosas han intentado ocupar el lugar que solamente le pertenece a Jesús. El hombre ha levantado imperios, sistemas, ideologías y hasta movimientos religiosos centrados en figuras

humanas. Constantemente aparece la tentación de colocar los reflectores sobre personas, talentos o plataformas. Pero, la verdadera iglesia nunca fue diseñada para exaltar hombres. **La iglesia existe para glorificar el nombre de Cristo.**

El libro de Apocalipsis, enseña como Jesús envía mensajes a siete iglesias. Aquellas cartas no fueron escritas únicamente para congregaciones específicas de Asia Menor; representan también diferentes **actitudes espirituales** que pueden existir dentro de la iglesia en cualquier tiempo.

Entre todas ellas aparece una iglesia que recibe palabras profundamente especiales: **Filadelfia**. No era la más poderosa. No era la más influyente. No destacaba por grandeza humana. No obstante, había algo que el cielo valoraba enormemente en ella.

Jesús dijo: “Aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre”. **Qué impresionante declaración.** El Señor no resaltó fama, estructuras o reconocimiento humano. Lo que llamó su atención fue la fidelidad de aquella iglesia al nombre de Jesús.

Eso revela una verdad poderosa: **El cielo no mide el éxito de la iglesia como lo hace el mundo.** Las personas se impresionan con números, plataformas, popularidad o influencia visible. Aunque esas cosas pueden existir, ninguna de ellas representa necesariamente aprobación espiritual.

Dios mira algo mucho más profundo: **la fidelidad al nombre de Cristo.** Esa fidelidad se vuelve cada vez más necesaria en un mundo que constantemente intenta desplazar a Jesús del centro.

La iglesia fue llamada para reflejar a Cristo, no para exaltarse a sí misma. Desde el principio, el propósito jamás fue levantar nombres humanos, ministerios personales o figuras admiradas. Todo debía apuntar hacia el Señor. El corazón humano siempre enfrenta la misma tentación: querer ocupar el lugar que solamente le pertenece a Jesús.

El hombre desea reconocimiento.

Desea aplausos.

Desea ser visto.

Si no se tiene cuidado, incluso se puede convertir el ministerio en una plataforma para alimentar el ego. Por eso este mensaje resulta tan importante. Porque poco a poco la iglesia puede comenzar a desplazar el enfoque desde Jesús hacia el hombre.

Entonces aparecen ministerios contruidos alrededor de personalidades. La fama comienza a convertirse en meta. Los aplausos reemplazan la presencia de Dios. Y lentamente los reflectores dejan de apuntar hacia Cristo.

La iglesia **nunca debe negar el nombre de Jesús**. Negarlo no siempre significa rechazarlo verbalmente. Algunas veces ocurre de manera más sutil.

Se niega el nombre cuando Cristo deja de ser el centro.

Se niega el nombre cuando la gloria comienza a dirigirse hacia los hombres.

Se niega el nombre cuando la iglesia busca parecerse más al sistema del mundo que al corazón de Dios.

Jesús jamás llamó a su pueblo a construir fama personal. Lo llamó a **permanecer fiel**. La fidelidad tiene su precio, en ocasiones lo percibimos muy alto.

Actualmente existen hermanos alrededor del mundo que enfrentan persecución simplemente por no negar el nombre de Cristo. Algunos pierden libertad, familia o incluso la vida por mantenerse firmes en su fe.

Mientras tanto, en otras partes del mundo el mayor peligro no siempre es la persecución abierta, sino la distracción espiritual. Porque el enemigo no solamente intenta destruir mediante oposición. También busca desviar la atención hacia el hombre.

Quiere que los reflectores cambien de dirección. Aun con todo eso, el único digno de ocupar el centro es Jesús.

La iglesia sana siempre apunta hacia Él.

La predicación sana exalta a Cristo.

El servicio verdadero glorifica a Cristo.

Todo debe regresar al nombre.

Con el paso del tiempo en mi caminar entendí algo que transformó profundamente mi vida espiritual: **No era el centro de la historia.** Parece sencillo decirlo, aunque llegar verdaderamente a comprenderlo cambia completamente la manera de vivir.

Durante mucho tiempo intenté hacer las cosas a mi manera, apoyándome en mis pensamientos, mis fuerzas y mis propios planes. Quería controlar resultados, abrir caminos y avanzar según mi entendimiento. Y una y otra vez terminaba golpeándome contra el mismo muro.

Intentaba avanzar... y encontraba límites.

Volvía a insistir... y nuevamente llegaba el desgaste.

Repetía el mismo patrón... y aparecía el mismo vacío.

Hasta que finalmente entendí algo fundamental: **La vida jamás fue diseñada para girar alrededor de mí.** Cuando el hombre intenta construir todo en su propio nombre, inevitablemente termina agotado. Porque fue

creado para depender de Dios, no de sí mismo. Descubrí algo liberador: el verdadero avance espiritual comienza cuando Jesús **ocupa el lugar central**. Esto cambia todo.

La presión de querer demostrar desaparece.

La necesidad de reconocimiento pierde fuerza.

El ego deja de controlar el corazón.

El alma finalmente encuentra descanso.

Por eso la iglesia debe permanecer debajo del nombre. Ahí existe protección espiritual. Permanece la dirección correcta. **La gloria vuelve a quien realmente pertenece.**

Filadelfia tenía poca fuerza, aunque permanecía fiel. Y Jesús les hizo una promesa extraordinaria: había colocado delante de ellos una puerta abierta que nadie podría cerrar.

Observa esto cuidadosamente: Las puertas que Dios abre **no dependen de fuerza humana**. El respaldo del cielo jamás ha dependido de popularidad o capacidad natural. Dios sigue respaldando a aquellos que guardan su Palabra

y permanecen fieles a Su nombre.

Eso trae esperanza para la iglesia hoy. Quizá no siempre tengas grandes recursos. Tal vez existan momentos de debilidad, cansancio o limitación. Aun así, mientras permanezcas fiel a Jesús, el cielo continúa sosteniendo tu caminar.

El poder de la iglesia nunca ha estado en los hombres. Porque al final, todo lo humano pasará.

Las plataformas pasarán.

La fama pasará.

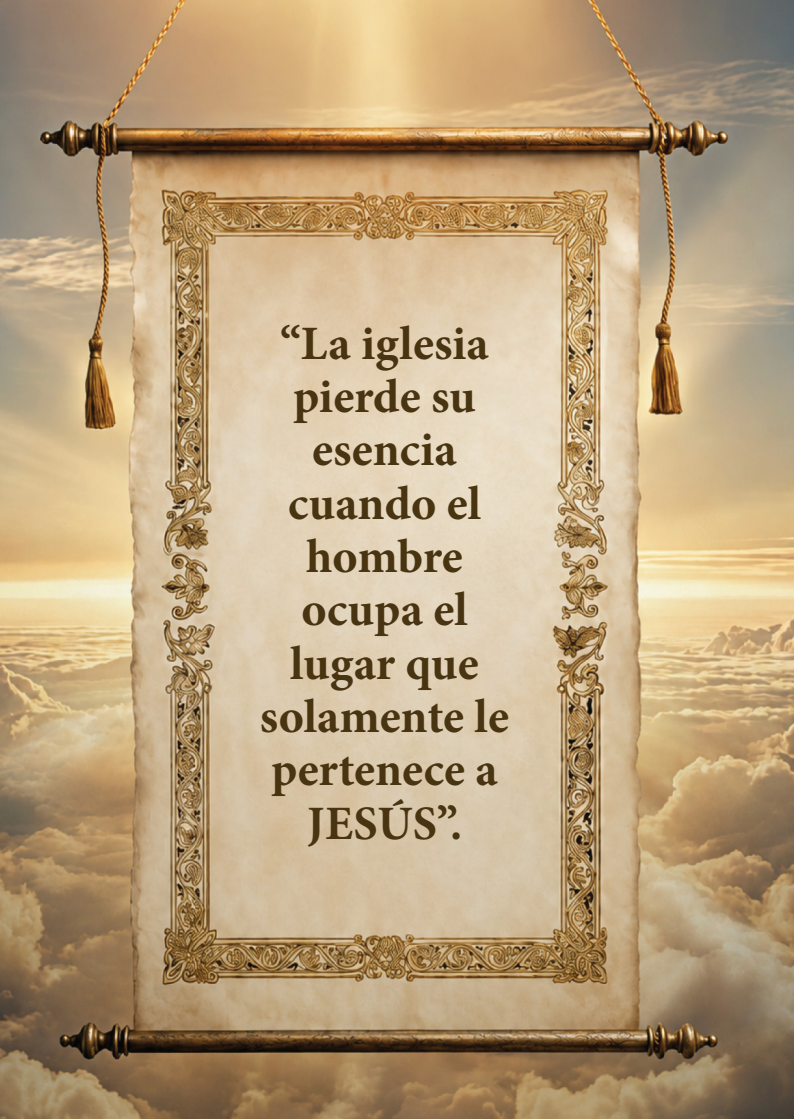
Los imperios pasarán.

El poder siempre ha estado en **el nombre de Jesús**. Cuando la iglesia entiende eso, deja de perseguir protagonismo humano y vuelve nuevamente al lugar correcto: **debajo del nombre**.

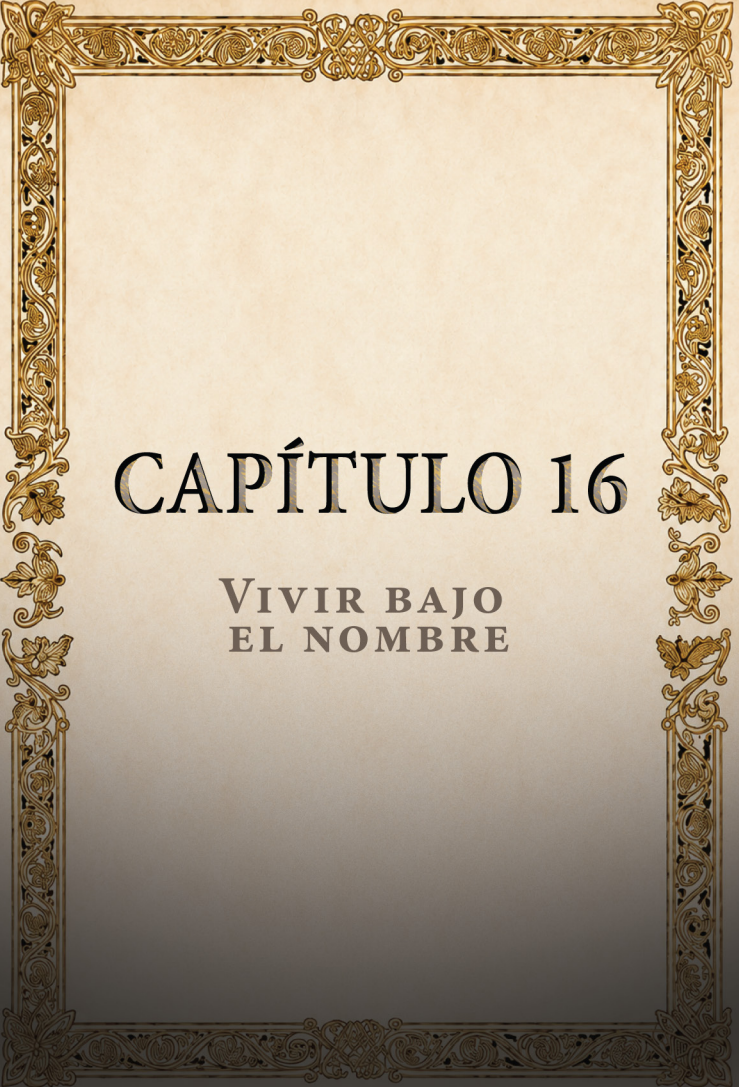
Ahí permanece la verdadera autoridad.

Ahí permanece el respaldo.

Ahí permanece la gloria de Dios.

A scroll with a quote about the church's essence. The scroll is made of parchment and is held by two ornate metal rods with tassels. The background is a dramatic sky with clouds and a bright light source.

**“La iglesia
pierde su
esencia
cuando el
hombre
ocupa el
lugar que
solamente le
pertenece a
JESÚS”.**



CAPÍTULO 16

VIVIR BAJO
EL NOMBRE

Por tanto, id, y haced
discípulos a todas las naciones,
bautizándolos en el nombre del
Padre, y del Hijo, y del Espíritu
Santo

— Mateo 28:19

Una vida transformada por la identidad en Cristo

El evangelio no termina en una oración de fe. Muchos creen que seguir a Jesús consiste únicamente en levantar la mano un día, repetir algunas palabras y continuar viviendo exactamente igual. Cristo nunca llamó personas

solamente para simpatizar con Él; llamó discípulos que aprendieran a vivir bajo su nombre. Vivir bajo **el nombre de Jesús** implica mucho más que mencionarlo con los labios.

El evangelio nunca fue diseñado únicamente para escucharse. Fue diseñado **para vivirse**. Muchas personas conocen historias bíblicas, versículos o enseñanzas acerca de Jesús, aunque continúan caminando con una identidad rota.

Escuchan que Dios los ama, pero siguen viéndose a sí mismos desde el rechazo, la culpa o el pasado. A pesar de ello, cuando alguien verdaderamente comprende lo que significa vivir bajo **el nombre de Jesús**, toda su manera de caminar comienza a transformarse. **La identidad correcta siempre produce una vida diferente.**

El creyente deja de definirse por aquello que el mundo dijo acerca de él y comienza a verse desde la perspectiva del cielo. Ya no vive como alguien abandonado espiritualmente, sino como hijo de Dios. Eso cambia completamente la manera de pensar, hablar y actuar.

La Biblia enseña que quienes pertenecen a

Cristo forman parte de **un pueblo escogido**, un sacerdocio real y una nación apartada para Dios. Son palabras que revelan dignidad espiritual, propósito y pertenencia. No fuimos llamados para vivir arrastrándonos entre inseguridad y vacío. Fuimos llamados **para reflejar el reino al que pertenecemos**.

Vivir bajo el nombre implica aprender a caminar conforme a esa identidad. Un hijo del reino **no vive gobernado** por las tinieblas. Una hija de Dios no necesita buscar valor en lugares equivocados. El creyente ya no camina como esclavo del pasado. Ahora **pertenece a Cristo**.

A lo largo de mi vida entendí cuán destructivas pueden ser las mentiras del enemigo cuando una persona no conoce su verdadera identidad. Durante años creí que mi destino sería destrucción. Pensaba que jamás saldría del vacío, las adicciones y la oscuridad donde vivía.

El enemigo había sembrado una imagen completamente deformada acerca de quién era yo. Me hizo creer que nací para perderme. Que no tenía propósito. Que mi vida terminaría destruida.

Mientras esas mentiras gobernaban mi corazón, mis decisiones comenzaron a alinearse con ellas. Porque tarde o temprano el hombre termina viviendo **según la identidad que cree tener.**

El pecado comenzó a dominar áreas enteras de mi vida. Hubo momentos donde terminé completamente quebrado, tirado en calles, intoxicado y lejos de todo propósito. Por fuera todavía respiraba... Aunque por dentro estaba destruido. Así terminé atrapado en una vida vacía, lejos de Dios y lejos del propósito para el cual fui creado. Hasta que Jesús apareció.

En el momento en que Cristo revela identidad, todo comienza a cambiar, algo dentro del corazón empieza a despertar. No fue simplemente emoción momentánea. **Fue una transformación profunda.**

Comprendí que Dios no me veía desde mi miseria, ni desde mis errores, sino desde **el propósito** que había diseñado para mi vida desde antes de nacer. Entonces algo se alineó dentro de mí.

La vergüenza comenzó a perder fuerza.

La condenación empezó a romperse.

La dirección de mi vida cambió.

Las decisiones comienzan alinearse.

Porque descubrí que mi identidad no provenía del pecado, el pasado o las heridas. Provenía de recibir a Jesús y creer en Su nombre. Es una verdad para toda persona que llega a Cristo. El evangelio no solamente perdona pecados; también **restaura identidad**.

Por esa razón vivir debajo el nombre significa mucho más que asistir a una iglesia o repetir frases espirituales. Significa permitir que **la verdad** de Dios **transforme** completamente la manera en que nos **vemos y vivimos**.

Ahora bien, la identidad restaurada siempre produce propósito. Jesús nunca transforma vidas únicamente para que permanezcan detenidas espiritualmente. Cada persona restaurada recibe también **una misión**. El Señor toma aquello que estaba roto y comienza a usarlo para su gloria. Eso ocurrió con los discípulos.

Después de caminar con ellos, Jesús les entregó una comisión clara: **ir y hacer discípulos** entre todas las naciones, bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Observa cuidadosamente esto: La misión siempre gira alrededor **del nombre de Jesús**. El llamado no consiste únicamente en llenar estadios o transmitir información religiosa

No predicamos nuestro nombre.

No levantamos nuestra fama.

No hacemos discípulos para nosotros mismos.

Todo apunta hacia Jesús. **Vivir debajo del nombre** significa precisamente eso: **usar nuestra vida** para que otros también descubran quiénes son en Cristo.

Por eso servimos.

Por eso predicamos.

Por eso discipulamos.

Por eso extendemos gracia a otros.

Alguna vez también estuvimos perdidos,

confundidos y lejos de Dios. Y así como el Señor restauró nuestra identidad, ahora nos llama a ayudar a otros a encontrar la suya. **Qué extraordinario** es ver a una persona descubrir finalmente quién es delante de Dios.

El temor comienza a romperse.

La vergüenza pierde autoridad.

La vida empieza a alinearse con el propósito correcto.

Si comprendes que eres hijo de Dios, dejas de vivir buscando valor en aquello que nunca podrá llenarlo verdaderamente. Aprende a **caminar debajo del nombre**.

Permanecer debajo del nombre significa recordar diariamente a quién pertenecemos. Significa vivir representando correctamente al Rey. Significa usar nuestras palabras, nuestras manos, nuestros dones y nuestra vida para reflejar a Jesús.

No para nuestra gloria.

No para reconocimiento humano.

No para construir nuestro reino.

Todo debe regresar al Señor. Esa es la verdadera vida cristiana: **una vida rendida, transformada y sostenida debajo del nombre de Jesús.**

Porque fuera de ese nombre el hombre vuelve a perderse.

Debajo del nombre se encuentra identidad, propósito y destino.

A scroll with a quote about living under the name of Jesus, set against a background of clouds at sunset. The scroll is held by a golden rod with tassels. The text is in a bold, serif font.

**“Vivir
debajo del
nombre de
JESÚS no es
una religión;
es caminar
cada día
desde una
identidad
transformada”.**

CONCLUSIÓN

Todo en su Nombre

Y en ningún otro hay salvación;
porque no hay otro nombre bajo el
cielo, dado a los hombres, en que
podamos ser salvos.

— Hechos 4:12

El nombre que transforma eternamente la
vida del hombre

A lo largo de este camino hemos hablado
acerca de leyes espirituales, identidad,

autoridad, propósito, batalla espiritual y el poder **del nombre de Jesús**. Cada capítulo nos ha conducido hacia una misma verdad: **todo encuentra sentido únicamente en Cristo**.

No existe otro nombre capaz de restaurar al hombre desde lo más **profundo de su corazón**. No hay otro nombre que tenga autoridad sobre la vida, la muerte, el pecado y las tinieblas. No existe otro nombre bajo el cielo que pueda reconciliar al ser humano con Dios. Fuera de Jesús el hombre permanece perdido, aunque **debajo de su nombre encuentra vida**.

La Biblia declara con absoluta claridad que no existe otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en el cual podamos ser salvos. Esa afirmación no nace de religiosidad, sino de una realidad eterna: **solamente Jesucristo venció el pecado, derrotó la muerte y abrió nuevamente el camino hacia el Padre**. **No hay otro nombre comparable al suyo**.

La Salvación no se encuentra en esfuerzos humanos.

Ni en religión alguna.

Ni en filosofías o sistemas creados por el hombre.

Muchos nombres han marcado la historia humana. Algunos construyeron imperios, conquistaron naciones o dejaron huella sobre la tierra. Sin embargo, todos ellos siguen siendo limitados, temporales y humanos.

Solo uno venció la tumba.

Solo uno cargó el pecado de la humanidad.

Solo uno resucitó con toda autoridad en el cielo y en la tierra.

Jesús. Por eso la iglesia no proclama filosofías humanas ni esperanza pasajera. Proclama el nombre de Cristo, porque únicamente en Él existe salvación verdadera.

En ese nombre nace nuestra identidad. El ser humano jamás descubrirá plenamente quién es mientras permanezca separado de Aquel que lo creó. Puede intentar llenarse con éxito, placer, reconocimiento o cualquier otra cosa, aunque siempre existirá vacío mientras viva lejos de Dios. **El corazón fue diseñado para Él.**

A lo largo de mi vida intenté encontrar valor en lugares equivocados. Quise construir identidad desde mis heridas, mis decisiones y mis propios caminos. El resultado siempre terminaba siendo el mismo: **vacío, desgaste y destrucción.**

Hasta que Jesús apareció. En el momento en el que el Señor revela su nombre al corazón humano, todo comienza a cambiar.

La culpa deja de tener la última palabra.

La vergüenza comienza a romperse.

El pasado pierde autoridad.

Entonces el hombre descubre que no fue creado para vivir esclavizado por el pecado, sino para caminar como hijo de Dios.

Ese es el milagro más grande del evangelio. Jesús toma vidas destruidas y les da un nuevo comienzo.

No solamente perdón.

No solamente restauración externa.

Una nueva identidad.

Por eso este libro jamás ha tratado

únicamente acerca de principios espirituales. Ha tratado acerca de una persona: **Jesús**.

El nombre sobre todo nombre.

El nombre que sana.

El nombre que restaura.

El nombre que libera.

El nombre que salva.

Todo regresa a Él. Las leyes espirituales encuentran sentido en Él. La autoridad existe por Él. **La identidad** nace en Él. **El propósito** se descubre en Él. **El destino** eterno depende de Él.

Fuera de su nombre el hombre continúa perdido, aun si aparentemente tiene éxito en esta tierra. Porque ninguna posición humana puede reemplazar aquello que solamente Cristo puede darle al corazón.

Por esa razón el enemigo pelea tanto contra **el nombre de Jesús**. Intenta distraer, deformar y desviar al hombre para que nunca descubra la autoridad, libertad y vida que existen en Cristo.

Sin embargo, cuando alguien verdaderamente

entiende quién es Jesús, jamás vuelve a ser igual.

La vida comienza a alinearse.

El propósito cobra sentido.

La fe despierta.

El corazón encuentra descanso. Y entonces la persona deja de vivir para sí misma y comienza a vivir para glorificar al Señor. Eso es **vivir debajo del nombre**. No como una carga religiosa, sino como una respuesta de amor hacia Aquel que dio su vida por nosotros. Porque Jesús no solamente vino a mejorar la vida del hombre; vino a rescatarlo completamente.

La cruz fue la máxima expresión de ese amor.

El Rey tomó el lugar del culpable.

El Santo cargó el pecado del hombre.

El inocente murió para dar vida al perdido.

Por causa de ese sacrificio hoy existe acceso al Padre, identidad para el huérfano espiritual y esperanza para todo aquel que cree. Quizá después de leer estas páginas te has dado cuenta

de algo importante: **has intentado vivir mucho tiempo en tu propio nombre.**

Tal vez has peleado tus batallas con tus propias fuerzas. Quizá has buscado identidad en lugares equivocados o has intentado llenar vacíos lejos de Dios. Pero, Jesús sigue llamando.

Su nombre continúa teniendo poder.

Su gracia sigue alcanzando vidas.

Su amor sigue restaurando corazones.

Y todo aquel que decide rendirse delante de Él descubre la misma verdad que transformó completamente mi vida: No existe nombre más grande, más poderoso ni más glorioso que **el nombre de Jesús.**

Porque al final... todo comienza, todo se sostiene y todo encuentra plenitud en Su nombre.

EPÍLOGO

Un llamado a la acción

**Porque todo aquel que invocare
el nombre del Señor, será salvo.**

— Romanos 10:13

**La decisión que puede cambiarlo todo, vivir
debajo del nombre**

Después de todo lo que hemos recorrido
juntos a lo largo de estas páginas, quizás hay
algo que el Espíritu Santo ha estado hablando

silenciosamente a tu corazón, quizá hay una pregunta que permanece resonando dentro de ti: **¿Qué es imposible para Jesús?**

La Biblia muestra una y otra vez que no existe oscuridad que Él no pueda vencer, corazón que no pueda restaurar ni vida tan rota que quede fuera del alcance de **Su gracia**. Jesús sigue levantando al caído.

Sigue restaurando familias.

Sigue dando identidad al perdido.

Sigue rompiendo cadenas.

Sigue transformando corazones.

Porque el poder continúa estando en su nombre. Y ese nombre no fue entregado para admirarse desde lejos, sino para vivirse.

A lo largo del libro hemos hablado acerca de la autoridad **del nombre de Jesús**, del respaldo espiritual que existe en Él y de la identidad que nace al creer. Todo esto solamente **cobra sentido** cuando una persona decide responder al llamado de Cristo. **El evangelio siempre demanda una respuesta.**

No basta únicamente con escuchar.

No basta solamente con emocionarse.

Es necesario decidir. Jesús nunca obligó a nadie a seguirlo. Siempre extendió una invitación. Y hoy esa misma invitación sigue abierta para todo aquel que quiera acercarse a Él.

La Escritura declara que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. Qué promesa tan extraordinaria.

No dice algunos.

No dice solamente los perfectos.

No dice únicamente quienes jamás fallaron.

Dice todo aquel. Eso significa que la gracia de Dios sigue alcanzando a personas heridas, cansadas, confundidas y necesitadas. Ningún pasado es demasiado oscuro para la luz de Cristo.

El problema nunca ha sido si Jesús puede salvar. **La verdadera pregunta** es si el hombre está dispuesto a rendirse delante de Él. Porque únicamente los hijos pueden vivir verdaderamente debajo del nombre. Y la

identidad de hijo comienza precisamente en ese momento: **cuando una persona cree en Jesús, reconoce su necesidad y decide entregarle su vida.** Ahí inicia todo.

Tal vez durante años has intentado pelear solo tus batallas. Quizá has buscado identidad en lugares equivocados. Posiblemente has vivido dependiendo de tus fuerzas, tus pensamientos y tus propios caminos, solo para terminar nuevamente frente al mismo vacío.

Yo también estuve ahí. Intenté construir mi vida lejos de Dios. Quise encontrar sentido por mis propios medios. Y cada vez terminaba chocando contra el mismo dolor, el mismo cansancio y la misma destrucción.

Hasta que entendí algo que cambió completamente mi historia: **Jesús no vino únicamente para mejorar mi vida.** Vino para darme una nueva. Y eso sigue disponible hoy.

El cielo continúa extendiendo gracia.

El Padre sigue llamando hijos.

El nombre de Jesús sigue teniendo poder.

Por eso este epílogo no es solamente un cierre; **es una invitación.**

Una invitación a dejar de vivir en tu propio nombre y comenzar a caminar bajo el nombre de Cristo. Porque fuera de Él el hombre continúa perdido, aunque debajo de su nombre encuentra identidad, propósito, dirección y vida eterna.

Tal vez no entiendes todavía todas las cosas espirituales. Quizá aún tienes preguntas o luchas internas. Sin embargo, la salvación nunca comenzó con conocimiento perfecto; comenzó con fe. **Con un corazón dispuesto a creer.**

Romanos enseña que quien cree con el corazón y confiesa con su boca que Jesús es el Señor será salvo. Esa promesa sigue vigente hoy. Por eso quiero invitarte a hacer algo sencillo, pero eterno: **acercarte a Jesús.**

No desde religión.

No desde apariencia.

No desde perfección humana.

Acércate tal como estás. Porque el mismo Cristo que restauró mi vida también puede

transformar la tuya. Y si hoy decides creer en su nombre, la Biblia dice que recibirás la potestad de ser llamado hijo de Dios. Ese es el inicio de **una nueva historia.**

No basada en culpa.

No definida por el pasado.

No gobernada por el temor.

Una vida bajo **el nombre de Jesús.** Si este es el deseo de tu corazón, puedes hacer esta oración con sinceridad:

“Señor Jesús, hoy reconozco que te necesito. Creo que moriste por mis pecados y resucitaste para darme vida. Renuncio a caminar lejos de ti y hoy entrego mi corazón. Perdona mis pecados, restaura mi vida y enséñame a vivir bajo tu nombre. Declaro que eres mi Señor y mi Salvador. Gracias por recibirme como hijo tuyo. Amén”.

Si has hecho esta oración con fe, algo eterno comenzó hoy dentro de ti. Ahora comienza un camino nuevo.

Un camino donde no caminarás solo.

Un camino donde el Espíritu Santo comenzará a transformarte.

Un camino donde descubrirás tu verdadera identidad, propósito y destino en Cristo.

Habrás procesos de transformación, temporadas de crecimiento y también momentos difíciles que pondrán a prueba tu fe; sin embargo, en medio de cada etapa encontrarás la gracia de Dios sosteniéndote, la dirección del Espíritu Santo guiando tus pasos y una presencia fiel que jamás te abandonará. Entonces comprenderás cada día una verdad que cambiará tu manera de vivir: no estás sostenido por tus propias fuerzas, sino **por el nombre** que está sobre todo nombre, **el nombre de Jesús.**

Camina bajo el nombre.

Permanece bajo el nombre.

Vive para el nombre.

La vida solamente encuentra verdadero sentido cuando es vivida debajo del nombre más poderoso, más glorioso y más eterno **el nombre de Jesús.**

DEBAJO DEL NOMBRE

EL PRINCIPIO LEGAL DEL CIELO QUE DESATA AUTORIDAD, MILAGROS
Y PROTECCIÓN SOBRE TU VIDA

Existe un nombre que es sobre todo nombre: JESÚS.

Las Escrituras declaran que Dios «le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:9-11).

A la Iglesia le fue conferida la autoridad y el privilegio de invocar ese nombre glorioso. Sin embargo, muchos creyentes aún no han comprendido la magnitud del poder que encierra. Este libro nace con un propósito claro: que la Iglesia de Cristo despierte a la revelación de lo que significa vivir, orar y ejercer autoridad en el nombre de Jesús.

Debajo el Nombre es una invitación a descubrir que su nombre trae salvación, quebranta cadenas, sana enfermos, restaura vidas y llena de esperanza a quienes depositan su fe en Él.

No hay oscuridad que resista su luz, ni fortaleza que prevalezca contra su poder, ni situación imposible para Aquel que gobierna sobre todo. Porque en la cruz, Cristo despojó a los principados y potestades, triunfando sobre ellos públicamente.

Debajo el Nombre de Jesús toda potestad se somete, toda rodilla se dobla, toda lengua confiesa que Él es el Señor, y todo creyente tiene acceso a la autoridad que le fue delegada.

Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4:12).

Atrévete a vivir Debajo el Nombre.



Pastores:

Eduardo Rivera León

Virginia Jazmín Uribe Antonio

"Los Pastores de Jesús"

"UN LIBRO DEL CORAZÓN DE DIOS PARA LAS NACIONES DE LA TIERRA"